SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE

VICTORIA OCAMPO

NOVIEMBRE DE 1945 **AÑO XIV**

BUENOS AIRES

S U M A R I O

V I C T O R I A O C A M P O
LAS CARTAS DE T. E. LAWRENCE

EDUARDO GONZALEZ LANUZA
NUEVOS SONETOS VEGETALES

O C T A V I O P A Z
VISITA AL POETA ROBERT FROST

A M A D O A L O N S O
MAESTRÍA ANTIGUA EN LA PROSA

M Á X I M O J O S É K A H N
"MIT BRENNENDER SORGE" LA CONTRA INQUISICIÓN

C É S A R R O S A L E S
EL VALLE AZUL. LAS HOGUERAS

N O T A S

Los LIBROS ☆ Adolfo Bioy Casares: "Plan de evasión", por *Ernesto Sábato* ☆ "Eglogas y fábulas castellanas", por *César Fernández Moreno* ☆ Bernard Shaw: "Everybody's Political What's What?", por *Enrique Anderson Imbert* ☆ Víctor Brochard: "Los escépticos griegos", por *Santiago Montserrat* ☆ Jorge Romero Brest "Historia de las Artes Plásticas", por *Lorenzo Varela* ☆ MÚSICA ☆ *Alberto E. Ginastera*: Roberto García Morillo y el estreno de "Harrild" ☆ PROBLEMAS ACTUALES ☆ *Elisabeth Ehrlich*: La energía atómica y la educación de la humanidad ☆ *Francisco Ayala*: Aclaración.

LAS CARTAS DE T. E. LAWRENCE[1]

En un artículo publicado el 4 de marzo, en "La Prensa", Roberto Giusti observa que en *Los Siete Pilares* la vida del Coronel Lawrence termina con su entrada triunfal en Damasco —o más bien con la amargura de esa victoria—, mientras que, en la realidad, es a partir de esa época cuando comienzan los años más enigmáticos, más prodigiosos de su existencia: aquellos cuya huella puede seguirse en su correspondencia privada.

Las dos últimas páginas de *Los Siete Pilares* contienen confesiones y aun una profesión de fe significativas, presagio de lo que iba a suceder después. Nos describe allí el contraste entre el príncipe árabe Feisal, hijo del jerife Hussein, "de ojos grandes, pálido y gastado como una fina daga", y Allenby, el jefe supremo de las fuerzas inglesas, "gigantesco, rubicundo y alegre, exacto representante de un Poder que había ceñido al mundo con un lazo de *humour* y de comercio vigoroso". Admirando al mismo tiempo al árabe y al inglés, sólo piensa, sin embargo, en abandonar el escenario de sus hazañas: "Tomamos Damasco —escribe— y sentí temor. Más de tres días de poder arbitrario habrían avivado en mí una raíz autoritaria". Está cansado del libre arbitrio. Cansado del mando. No pide más que una cosa: la almohada del deber y de la obediencia, la irresponsabilidad. Demasiado le hizo sufrir el haber sido, desde que ha puesto pie en Arabia, y con mayúsculas: El Responsable. Las últimas tres palabras del último capítulo de *Los Siete Pilares* son éstas:

1 Conferencia pronunciada bajo los auspicios del Consejo Británico de Londres.

"I was sorry". Y cuando Lawrence resume los motivos principales que lo habían empujado a ponerse a la cabeza de la rebelión árabe, concluye que esos motivos parecerán ilusiones fantásticas a los hombres capaces de llamar a su iniciación —"my beginning"— un esfuerzo ordinario. Yo dudo de que sea posible leer *Los Siete Pilares* con alguna atención y algún discernimiento y sentirse inclinado a pensar que el esfuerzo de Lawrence fué ordinario. Si la palabra española esforzado (intraducible al francés y al inglés) a alguien puede aplicarse, es sin duda a Lawrence. Y si a alguien conviene la divisa de la bella reina de Escocia, rival de Elizabeth, "In my end is my beginning", es ciertamente a él. La vida de este hombre desconcertante estuvo en perfecto acuerdo con sus comienzos. El pequeño Ned que jugaba a la guerra con sus compañeros sin admitir nada que pudiese traicionar el *fair play*, y se rompía una pierna, y asistía en seguida a su lección de matemáticas sin quejarse, es del mismo temple que el Coronel Lawrence. Pero creo que se puede muy bien llamar *beginning* no sólo a los motivos —sueños de infancia y de adolescencia, ambiciones de juventud —que lo llevaron a la acción, sino a la acción misma; pues si la rebelión en el desierto en que Lawrence fué, más que jefe, mago, es una apasionante aventura desde el punto de vista de las realidades materiales y visibles, sólo es, desde el punto de vista espiritual, el principio de aquella otra aventura a que Lawrence se entregaría en cuerpo y alma. A que se entregaría sin salir de los cuarteles —únicos claustros permitidos a su falta de fe y a su sed de autosacrificio. Los discos, los libros, una motocicleta (y un minúsculo *cottage* en que se refugia de tanto en tanto) serán su único lujo, y sus únicos medios de *transporte* (esta palabra puede tomarse en su doble sentido).

Las grandes aventuras espirituales, en que el hombre arriesga, más que su vida, su razón, gota a gota, hasta el borde de no sé qué delirio, aquellas que exigen una inmolación sin subterfugios, tanto más

patética cuanto más oscura, no tienen necesidad de *mise-en-scène*, ni de armas o armaduras, ni siquiera de la famosa bacía de Don Quijote. Tratándose de ellas, no hay que recorrer distancias mensurables en kilómetros para apresurar el desenlace. No hay diarios para anunciar los éxitos o los sufrimientos. No hay medallas para subrayar las hazañas. No hay dinero para pagar los servicios prestados. No pueden tasarse ni recompensarse con oro. Gracias a ellas el hombre se "transubstancia" de tal modo que se ve como exaltado por encima de su propio nivel. A partir de ese momento, sólo existe para él la Comunión de los Santos o el vértigo.

Nadie, que yo sepa, ha logrado explicar de manera satisfactoria, seguir paso a paso y traducir a la luz de la inteligencia —tan diferente de la luz que aporta el espíritu, que es iluminación, resplandor súbito, nunca alumbrado de usina eléctrica— la vida de los grandes aventureros de esta categoría. La ciencia ha intentado clasificarlos como clasifica cualquier otra cosa; los hongos, por ejemplo: comestibles, inofensivos, venenosos. Pero todo lo que atañe al hombre, ese junco, el más débil de la naturaleza, escapa a las clasificaciones simplistas. Y los actores mismos, *esos aventureros sin aventuras visibles*, no han podido o no han sabido nunca dar la clave del enigma. El entrelazamiento del espíritu con la carne, de la razón con el instinto, de la inteligencia con el corazón, de la persona confinada en su soledad esencial y el universo forma un nudo que se esfuerzan vanamente en deshacer. Y si se obstinan con torpeza en tirar de uno de los hilos, el nudo se aprieta extrañamente, como un animal vivo se contrae y apelotona para defenderse mejor. Se pregunta uno si el alma no es precisamente ese nudo, y la inexplicable urgencia de desenredar sus hilos una adivinación del secreto por él protegido y custodiado.

Lo que somos, nuestro destino, nuestra razón de existir, ese comienzo y ese fin que se nos imponen de manera arbitraria, esta vida cuyo

curso es imprevisible: otros tantos misterios cotidianos entre los cuales nos debatimos y cuya respuesta buscamos en ese nudo imposible de desatar, en esa maraña que es el alma.

"¿Por qué estás triste, oh alma mía, y por qué me perturbas?" En el sacrificio simbólico de la misa, son casi las primeras palabras que se pronuncian.

Los grandes exploradores del espíritu, aquellos que, llegados al extremo de su yo, se atreven a asomarse aún más al abismo, han conocido esa tristeza que suele conducir a la santidad o a la locura: Nietzsche o Teresa de Ávila.

Las cartas de Lawrence nos dicen hasta qué etapa había llegado en tales exploraciones, cuando la muerte, a quien había desafiado y deseado en sitios tan despacibles, lo sorprendió en un tranquilo camino de Inglaterra, en primavera.

Esta correspondencia, reunida y ordenada por David Garnett, sigue el orden cronológico. E. M. Forster, que se había encargado al principio de la tarea, pensaba clasificar las cartas por los asuntos de que tratan.

"La sinceridad es la única cosa escrita que el tiempo mejora", escribió Lawrence en 1928 [1]. David Garnett tuvo presente ese aforismo al hacer su selección entre centenares de cartas. Lawrence escribió mucho y tuvo muchos amigos; contestó también a muchos desconocidos que, atraídos por su fama, por su talento y por el halo de misterio que lo rodeaba, sentían necesidad de manifestarle su entusiasmo.

Cuando Lincoln Kirstein vino a Buenos Aires —Kirstein ha sido director de una excelente revista literaria en Estados Unidos y nos visitó como director del Ballet Norteamericano, y luego para comprar cuadros de pintores argentinos, destinados al Museo de Arte Moderno de Nueva York —tuvo ocasión de hojear, en casa, mi ejemplar de la correspondien-

[1] En literatura, la sinceridad sola no basta; pero lo demás sin la sinceridad, tampoco.

cia de Lawrence marcado con grandes trazos de lápiz. Y entre las hojas que tenían la punta doblada se encontraba, y le interesó saber por qué, la carta que Lawrence le envió desde Cloud Hills en 1934. Lawrence y Kirstein no se habían visto nunca. Pero Kirstein admira a Lawrence casi tanto como yo, y se lo había escrito. Probablemente, Kirstein explicaba a Lawrence en su carta que lo consideraba superior a los otros hombres, *y diferente.* Lawrence contesta:

Estimado Kirstein:

Su carta de diciembre último ha estado preocupándome, porque me ha hecho usted difícil la respuesta, y, sin embargo, debo darla. Yo creo que no hay en el mundo hombres distintos de nosotros. Camino una noche por las calles o trabajo en los campamentos de la R.A.F. todo el día, y al compararme con los aviadores o los transeúntes, llego a la conclusión de que soy un hombre como cualquier otro. Usted habla como si existiesen grados y distinciones. Yo, en cambio, veo semejanzas.

Su impresión, según parece, proviene de haber leído Los Siete Pilares *y* The Mint. *Pocas personas han leído* The Mint; *muchas,* Los Siete Pilares. *Si todas ellas recibiesen de mí la misma impresión desmesurada, yo creería que hay alguna falsedad de escala o de actitud en lo que he escrito. Pero estas personas encuentran mis libros normales. Yo no quise trascenderme en ellos, ni gritar. Espero que no ocurra nada de esto. Probablemente han obrado sobre un ángulo indefenso de usted mismo, y por eso le parecen más significativos que lo que en realidad son. A mí, me ha pasado algo parecido. A veces, un libro que para los otros no es excepcional, representa para mí muchísimo. De donde no debe deducirse que hay en el escritor una superabundancia, sino una pobreza (al respecto) en uno mismo.*

He escrito un párrafo pomposo, pero usted me asusta un poco con su entusiasmo excesivo. Hágame usted el favor de venir a verme si vuelve a Inglaterra, y entonces comprenderá que yo soy de su tamaño y del de todo el mundo. Un hombre muy grande medirá seis pies y seis pulgadas, un hombre muy pequeño cinco pies. Las diferencias humanas son insignificantes, salvo a los ojos humanos.

Me pongo de nuevo pomposo. Me alegro de que le guste Melville. Los americanos no lo elogian bastante.

A Nijinski lo vi bailar una vez, separado de él por toda la concurrencia de un teatro lleno, en Londres. Aquello era algo más que belleza, pero no parecía un hombre. Supongo que si lo hubiese visto fuera del escenario me hubiese parecido normal. Si alguna vez nos vemos, hemos de hablar un poco sobre los motivos por los cuales ciertas personas son más grandes que su obra, y otras menos. *A menudo quedo perplejo ante el problema. ¿Por qué le gustó a usted tanto* The Mint, *que es una fotografía sin retoques de nuestra vida en el campamento?*

"Hombre de acción —me llama usted en las últimas líneas de su carta— que ha realizado lo que se propuso en forma total". ¡Por el amor de Dios!, venga usted aquí la próxima vez que visite Inglaterra, y ponga fin a su error. Todos somos unas pobres cosas; a gatas procuramos mantenernos de pie en el remolino. Hasta cuando tenemos éxito, no se trata más que de una realización estática, no merece aplausos. Por eso, le ruego que me vea y se libre de una ilusión. ¿O estoy tomando demasiado en serio una simple carta? Suyo, un poco abrumado,

T. E. SHAW

La carta a Kirstein trata de un tema que siempre me ha apasionado: los motivos por los cuales ciertos escritores son más grandes que sus obras y otros menos. Lawrence era en ese sentido un caso excepcional. Tan grande como su obra que es grande, vivía al nivel de lo que escribía. Sin embargo, desea que Kirstein lo conozca en persona para que se desengañe: "So I beg you to see me and desabuse yourself of an illusion". No veo actualmente más que dos escritores de talento capaces a la vez de vivir lo que cuentan y de contar lo que viven. Su nivel es inferior al de Lawrence. Ambos son franceses: Saint-Exupéry y André Malraux. Los dos han estado en la guerra, y el primero de ellos ha desaparecido desde hace meses. Sin duda ha muerto. La escasez de los hombres de ese temple plantea un problema que bien vale la pena estudiar y profundizar.

Sólo los santos —y sin excepción— valen tanto como sus obras, pues si no hay perfecto acuerdo entre lo que predican, lo que escriben (si escriben) y sus actos, su conducta, dejan automáticamente de ser santos. Con los artistas y los escritores —en estos últimos, la sonoridad de las frases, la combinación de las palabras llega a hacerse a menudo más importante que el pensamiento expresado— no ocurre lo mismo. A tal punto que nadie se sorprende seriamente de las contradicciones que su actitud intelectual acarrea. Ya se sabe de antemano que, en este dominio, el que describe admirablemente la valentía suele ser un perfecto cobarde en la vida cotidiana, el que fustiga la traición un Judas y el que predica la libertad universal un tirano doméstico.

Estas contradicciones de los artistas denotan más bien inconsciencia que mala fe. Reconozcamos que es ése un hecho aceptado como una fatalidad: la estética y la ética pocas veces tienen relación. Lawrence, excepcional en todo, lo es particularmente en lo que concierne a esas relaciones. Para él, existen. Lawrence es hombre muy alerta, sensible y puntilloso en esta materia. Se preocupa de que su pensamiento escrito y su conducta diaria marchen con el mismo paso. Ninguno de los dos debe adelantarse al otro. No menos exigente es en lo que toca a su profesión de soldado. En una carta a Lionel Curtis escrita en 1924, explica por qué no puede pasar las fiestas de Navidad con sus amigos. Se queda en el cuartel para reemplazar a aquellos para quienes "la Navidad significa algo". Y agrega: "Mi puntillosa inteligencia (*pernickety mind*) ve una incompatibilidad en el hecho de ser soldado y cristiano al mismo tiempo: ¿Será porque doy a cada uno de estos términos un sentido más profundo?"

Yo creo que *pernickety* no es el adjetivo que corresponde. Lawrence tenía simplemente "a keen mind", un espíritu penetrante. No era fácil hacerle pasar gato por liebre. Y se había dado perfecta cuen-

ta de que, para matar al prójimo, debe uno empezar por no amarlo como a sí mismo. ¿La actitud verdaderamente cristiana frente a la guerra no es acaso la resistencia pasiva? Ojo por ojo y diente por diente es la moral del Viejo Testamento, no la del Nuevo.

Lawrence, en cuanto soldado, no se anda con rodeos para decir lo que piensa de la guerra: "Es como los gérmenes de la malaria en la sangre, que vuelven a aparecer durante meses y años, en ataques de fiebre recurrente", escribe a Robert Graves. Y a Ernest Thurtle: "La guerra es una locura, contra la cual no bastará ninguna legislación". Su pesimismo en este punto parece completo. Es evidente que mientras la actitud moral del hombre no se ajuste a los preceptos evangélicos no habrá probabilidad de que las guerras desaparezcan, y las Ligas, los tratados, las Cartas del Atlántico, del Pacífico y de todos los océanos no van a cambiar las cosas. Lo que importa es saber hasta qué punto el hombre en masa, y no en casos raros y aislados, puede conducirse de acuerdo con ese ideal casi sobrehumano: el de devolver bien por mal.

En *Los Siete Pilares de la Sabiduría* Lawrence describe la rebelión de los árabes contra los turcos, bajo su dirección, durante la guerra del 14. Es pues, un libro sobre la guerra, o más bien sobre Lawrence arrastrado por el torbellino de la guerra. Pero apenas terminado este libro monumental —tanto por sus proporciones como por lo que contiene a la vez de objetivamente épico y de personal—, Lawrence escribe desde Uxbridge, donde se encuentra, en las filas de la R. A. F.: "Quisiera disponer de un cuarto solitario o siquiera de un momento de soledad al aire libre ... hay aquí espléndido material para un libro, y si pudiera escribirlo... ¿Qué clase de locura es la que lleva a un hombre que casi ha deshecho su cerebro en los cuatro años que le llevó hacer un libro, a pensar en hacer otro no bien ha terminado el primero? En la última semana he estado pensando en escribir un estudio sobre los hombres de la R. A. F."

Esta carta está fechada en 1922. El proyecto de escribir un nuevo libro, esta vez sobre el soldado en tiempos de paz, se puso en ejecución inmediatamente, es decir que Lawrence empezó a tomar notas. En 1928 escribe a E. M. Forster: "Quiero que se mantenga oculta la existencia de estas notas". No consiente que lean esas páginas sino unos pocos amigos: los dos Garnett, Mrs. Bernard Shaw, Trenchard. Algunas otras personas las leyeron después. Este nuevo libro lleva por título: *The Mint* (*La Casa de Moneda*). No aparecerá antes de 1950, y trata de la vida de los hombres en la R. A. F. y en el cuerpo de tanques. Estas notas, de cruda exactitud, son, al decir de Lawrence, casi fotográficas. El retardo en la publicación del libro proviene en parte de que los actores podrían reconocerse y sentirse molestos. Un ejemplar de *The Mint* está depositado en el Museo Británico y otro en la Biblioteca del Congreso de Washington.

Cuando fuí a Estados Unidos, hace dos años, una de mis ambiciones era obtener permiso para leer *The Mint*. Por temor a los bombardeos los libros más raros, así como los cuadros célebres, habían sido alejados de las ciudades de la costa, más directamente amenazadas. *The Mint* no se encontraba ni en Washington cuando pasé por allí, ni en Nueva York cuando llegué a esta ciudad. Lo habían considerado demasiado valioso. Pero una persona caritativa, comprensiva y todopoderosa —con quien me sentiré siempre en deuda— sacó el codiciado volumen de su refugio y lo hizo traer, en honor mío, hasta la oficina de un rascacielo, adonde se me citó, una calurosa mañana de julio. Me dejaron ahí sola, en un escritorio, acompañada por un ventilador y en *tête-à-tête* con el tesoro: ese libro inédito que sólo unos pocos amigos, elegidos por Lawrence, habían tenido el privilegio de leer. La emoción de ese encuentro, con que había soñado yo la víspera y la antevíspera, me paralizaba a tal punto que pasó algún tiempo antes de que abriera el volumen. El tomarlo entre mis manos, cosa que me había parecido

imposible durante años, merecía saborearse aparte. Daba yo vueltas y más vueltas al libro, calculaba por el peso y el espesor el número de páginas. Lo trataba como a esas cartas que sopesamos y cuyo sobre miramos largo rato antes de abrirlas, justamente porque las hemos esperado demasiado, porque las hemos anhelado demasiado. ¿Iba yo a encontrar allí lo que sospechaba? Mis hipótesis ¿se verían confirmadas o contradichas? Cuando está al alcance de nuestra mano el medio de llegar a una certidumbre, prolongamos, voluntariamente, los últimos instantes de duda.

The Mint está impreso en buen papel y buena tipografía. Tuve que releer dos veces la primera página antes de comprenderla. Mis ojos seguían los renglones, pero mi espíritu no los acompañaba. En las aguas agitadas ya nada se refleja. Estaba yo inhibida por la presencia de ese libro como lo hubiera estado por la del autor. Demasiadas preguntas me había hecho a mí misma, durante meses, sobre el carácter de Lawrence, para que ese encuentro con su vivo rastro no provocase en mí un zumbido ensordecedor de conjeturas. Este libro, descripción minuciosa "de unas pocas semanas de intenso esfuerzo físico en un cuartel lleno de reclutas", era en verdad el propio Lawrence. A propósito de esos reclutas, miembros de la R. A. F., escribe: "Yo era uno de ellos. El cerebro tarda más en trabajar que los sentidos. Así, pues, *The Mint* es puramente sensorial o sensual. Dudo de que el cerebro aparezca allí en alguna parte (espero que no), excepto en ese mismo no-aparecer". El subtítulo de *Los Siete Pilares* es —por ironía— *Un triunfo.* Dice Lawrence que debajo de *The Mint* hubiera podido agregar: *Una agonía.* Esa agonía es la que yo me esforzaba en seguir atentamente sin que me distrajeran las reflexiones que me llegaban de soslayo casi a cada renglón.

En dos sesiones de casi tres horas cada una, me leí el libro entero y tomé algunas notas. Me obsesionaba la absurda idea de que por

culpa mía pudiera ocurrirle al libro una desgracia. Las probabilidades de un bombardeo a Nueva York parecían remotas. Y más improbable aún que en ese bombardeo resultara alcanzado *The Mint*.

Lo que yo temía para *The Mint* sucedió con las notas que había tomado y las líneas que había copiado. Desaparecieron. Esto no tiene importancia para nadie, como no sea —y en alto grado— para mí. Los papeles fueron bombardeados, probablemente, por la *censura* norteamericana o inglesa [1], pues para facilitarme el paso por las fronteras se me aconsejó que los enviara por correo. Quiero aclarar que yo no tenía ninguna intención de divulgarlos. Estaban destinados a mi uso personal. El hecho de haber leído *The Mint* no me autorizaba a citar pasajes del libro. Me había servido para comprobar, con satisfacción, que no me engañaba en lo tocante a las reacciones y a la conducta moral del Coronel Lawrence. Todavía me pregunto qué pasajes —entre los escasos renglones que copié de *The Mint* (escrito con mucha crudeza) y las notas en que comentaba el libro— han podido espantar al puritanismo de los censores. En todo caso, había ahí declaraciones de Lawrence acerca de su continencia que corroboran lo que a este propósito he dicho en mi ensayo sobre él [2]. No se debía a creencias, a temores ni a supersticiones, ni, que yo sepa, a defectos fisiológicos. Lo subrayo al pasar, pues el ascetismo de Lawrence es una de las características más extrañas y más discutidas de este inglés tan *singular* (qué bien le viene el término).

Toda esclavitud, excepto la que él se imponía voluntariamente encerrándose en un cuartel y en la disciplina que esa vida implica, le resultaba odiosa. Y los sentidos son esclavitud. A Lawrence le preocupaba poco la buena mesa; le preocupaba poco la carne, en todo sentido. Dormía y comía a cualquier hora para acostumbrar su cuerpo

[1] Han llegado sanos y salvos, por fin, hace algunas semanas, es decir, 2 años después de mi regreso de los Estados Unidos.

[2] *338171-T.E.* (Sur, Buenos Aires, 1942).

a no adquirir costumbres. En cuanto a la continencia de Lawrence es la de un monje sin fe a quien cualquier contacto físico produjera una terrible repulsión. Esta reacción involuntaria le hace mirar a veces con envidia a aquellos que en sus relaciones amorosas conservan una inocencia casi animal.

En Lawrence la continencia es un hecho, no una virtud. Por eso no conviene quizá llamarla castidad. La dieta, en cuanto régimen, sólo materialmente se parece al ayuno observado para obedecer a las prescripciones religiosas. En espíritu son muy diferentes.

The Mint subraya con más claridad que *Los Siete Pilares* la actitud de Lawrence frente a estos problemas. El instinto sexual ha sido siempre para él cuestión espinosa, materia de disquisiciones filosóficas. Encontramos, sobre este tema, una curiosa carta a Lionel Curtis (número 206):

"Me he puesto a pensar en mis compañeros de cuartel. [En ese momento está en el cuerpo de tanques.] *Lo que más me llama la atención es ver cuán distintos son de los hombres de la R. A. F. Allí no hacíamos más que pensar en lo que íbamos a hacer, y hablábamos y hacíamos cálculos para el futuro, casi sin ocuparnos de otra cosa. Continuamente acudíamos a la imaginación, y ésa era una recompensa constante. Los muchachos estaban tan exaltados por la esperanza, que ésta los llevaba más allá de sí mismos, y era difícil ver el perfil de cada uno. Había una especie de fulgor en la escuadrilla* [1].

Aquí, en cambio [se refiere al cuerpo de tanques], *se ingresa porque uno está en las últimas: nadie habla del Ejército, ni de promoción, ni de hacer cosas o realizar hazañas. Todos hemos sido arrojados irremediablemente a este últi-*

[1] Es impresionante leer estas palabras hoy. En torno a esos muchachos en quienes Lawrence veía cualidades excepcionales de entusiasmo y exaltación, se estaba creando algo, *algo* que Lawrence percibía como un *fulgor*... y que haría decir años después a Churchill: nunca tantos habrán debido tanto a tan pocos. La excelencia de la R. A. F. preocupaba a Lawrence, como que él veía de antemano el papel que le tocaría desempeñar en caso de guerra. Según me dijo hace pocos días el señor Moody, compañero de Lawrence en Farnborough, la R. A. F. contaba en esa época con poquísimos aviones.

mo refugio, y cada uno da por sabido el fracaso del otro; la ambición despertaría aquí sólo burlas: no podría concebirse. Desde el punto de vista social, hemos tocado fondo. Somos inaptos para triunfar en la vida y cada uno considera al resto tan poca cosa como a sí mismo.

Sospecho que este desdén está en lo cierto. No hay en Inglaterra hombres más primitivos, más libres de todo lo que la larga educación de una vida ha agregado a usted y a mí. ¿Hay alguna ventaja, alguna verdad, en nuestras costumbres, nuestras ciencias, nuestras artes? Las clases cultivadas, durante cientos y acaso miles de años, han registrado celosamente el progreso de cada generación, para fijar el punto de partida a la que viniera después. Pero estas masas son tan animales [se refiere a sus compañeros del cuerpo de tanques], *tan carnales, como lo fueron sus antepasados antes de que Platón, Cristo, Shelley y Dostoievsky enseñaran y pensaran. Esta multitud ilustra en forma extraordinariamente clara qué poco difundido está el saber, y cuán malos conductores de él son los hombres comunes. Usted y yo lo hemos experimentado. Usted lo intentó (por medio de* La Mesa Redonda *y oralmente), y el resultado está a la vista: una oscuridad espantosa, con algunas fosforescencias de pantano que brillan falsamente a través de las emanaciones.*

Lo peor es que hay que contar con esta animalidad, con este oscuro fundamento. Es un modo de ser, un espíritu que da cierto color a todas las palabras y acciones, y creo que a todos los pensamientos de los hombres del cuartel número 12. La mente de usted es como un edificio de muchos pisos en el cual el dueño, único propietario, va de piso en piso, de cuarto en cuarto, siguiendo el capricho de su estado de espíritu. (Sé que el espíritu no tiene estados, pero admítame usted la metáfora). Puede elegir usted el ser grosero y disfrutar de una taza de café o unas sardinas, o rarificarse hasta el punto en que la diafanidad de las matemáticas puras o un dibujo de línea flúida es alimento suficiente. Aquí...

No puedo hablar de cosas que nunca han existido en literatura y que no pueden existir. Llevar cuenta de lo que se hace en el cuartel número 12 sería escribir "a moral-medical case-book" (casos clínicos); no una obra de arte, sino un documento. Lo que me hiere no es la inmundicia, porque no hay nada inmundo en que un perro persiga a una perra o en que dos pájaros se acoplen en primavera. Pero el hombre tiene la desgracia de no tener época de celo, y sus emociones y excitaciones se extienden a lo largo de todo el año... ¿No sería

el mundo más limpio si estuviéramos muertos o no tuviéramos entendimiento (if we were mindless)? Todos somos igualmente culpables. Yo no existiría, usted no existiría, sin esta carnalidad.

Todo esto es muy asqueroso y, sin embargo, el cuartel número 12 me prueba la verdad de Freud. El sexo es un fundamento en nosotros, y cuanto más cerca estamos de la naturaleza, tanto más somos un producto acabado de ese fundamento. Estos individuos son la realidad, y usted y yo (dos seres que tienen la costumbre de encontrarse en Londres para hablar de cosas inmateriales) somos tan sólo una cáscara que recubre un centro igual al de estos hombres. Se han empapado de luz y de aire, y el resultado es que se han vuelto muy lujuriosos, aunque al mismo tiempo han adquirido fuerza y salud. Pero nuestras envolturas y nuestras vendas han achaparrado y deformado nuestras individualidades, y las han endurecido hasta volverlas aparentemente insensibles... pero es una frialdad, una mutilación que sólo aprobarán los falsos estetas que prefieren las ropas a los cuerpos y las apariencias a las intenciones.

Estos individuos tienen raíces, que en nosotros son rudimentarias o han sido cortadas hace tiempo. Antes, yo no veía a Inglaterra más que como un organismo, una entidad, pero estos hombres son locales, territoriales. Todos emplean dialectos y, si llega el caso, podrían ser situados de acuerdo con sus hablas. Pero no es necesario, porque todos hablan de su región, se vanaglorian de ella y viven recordándola. Nos llamamos los unos a los otros "Brum", "Coventry" o "Cambridge", y el hombre que no tiene su "pago" es un intruso. Disputan y se pelean por las virtudes de sus respectivas regiones. De una solidaridad, de una nación, de algo ideal que comprenda en sí todas estas particularidades, no tienen la menor idea.

En mi primera carta llegué a la conclusión de que el hombre, que es una guerra civil, no podía armonizar su ser o integrarse lógicamente. La conclusión de esta carta es que el hombre o la humanidad, que constituye un organismo, un producto natural, es irreductible a la enseñanza: no puede perder su índole y color originarios, ni trascender la carne, ni emprender nada que no sea mortal y obra de la carne".

Esa sola carta podría comentarse largamente. Pues mucho de lo que en ella describe podría aplicarse a cualquier país.

Quiero subrayar la palabra *mindless*, o más bien dicho ese deseo de ser *mindless*, que, por motivos contrarios, conoció también D. H. Lawrence, el célebre novelista. Los dos Lawrence son, a mi parecer, en dos polos opuestos, hijos del puritanismo inglés. Hijos de un puritanismo exacerbado y de un genio literario que dió reacciones y resultados opuestos: en uno *Lady Chatterley's Lover;* en el otro, *The Mint.*

No se necesita ser puritano, sin embargo, para comprender que desde el momento que el hombre es espíritu y pensamiento, no sólo carne, ya no puede reaccionar y conducirse como un simple animal. Que se tenga o no conciencia de ello, los sentidos no están aislados del alma. Por eso, sólo el hombre puede ser obsceno y puede prostituirse. No se concibe tal cosa entre los animales. Los animales son puros porque son también *mindless.* Lawrence siente en sus camaradas del cuerpo de Tanques (*distintos según él, lo repito, de los de la R. A. F.*) "a pervading animality of spirit whose unmixed bestiality" lo hiere. La repugnancia que esa vecindad le produce no tiene límites. "Su ejemplo —dice hablando de ellos— hace que mi abstención sea aún mucho más rigurosa que antes. *Todo lo corporal me resulta odioso* (*y en mí, odioso es sinónimo de imposible*)".

Cuando digo que Lawrence se encerraba en un cuartel como en un convento, no es una metáfora. El Ejército era su silicio. *La mentalidad de la mayoría de los militares lo exasperaba*, pero se obligaba a convivir con ellos. Un día, hablando a uno de sus compañeros, y tratando de explicarle las reacciones y el carácter de algunas personas inferiores, le dice: "Es el tipo de hombre que cuando ve un gato le tira instintivamente una piedra". El otro le contesta con toda inocencia: "Y usted ¿qué le tira?" Esa anécdota se la cuenta a Curtis en una carta, describiéndole las miserias de la vida de cuartel. Y en la misma carta agrega, algunos párrafos después: "No tome usted en serio lo que le dije sobre los otros hombres. Es tan sólo al principio que

uno se siente un poco escandalizado. Ya vendrá el momento en que, en lo que a ellos respecta, gritaré con Blake: Todo lo que es, es santo" [1]. Para mí es una de las mejores cosas que se han dicho. Philip Kerr estaría de acuerdo con esto, pero no habrá muchos hombres reflexivos que lleguen a la misma conclusión sin enredarse en una telaraña de misticismo..." [2]

Uno se pregunta hasta qué punto carecía de misticismo ese joven guerrero que, como Jacob, sostuvo su más terrible combate contra un ángel, no contra los turcos. Un ángel que llevaba dentro, implacable: su escrupulosa conciencia. Bernard Shaw, en 1923, trata de conseguir una pensión para el rey sin corona de Arabia, sabiendo que vive con lo indispensable para no morirse de hambre. Le escribe con este propósito a Baldwin, Primer Ministro, y un amigo de Lawrence, a quien muestra la carta, le advierte: "El dinero tiene para él (Lawrence) mucho menos importancia que el modo de vida. No puedo imaginar ningún puesto de Gobierno, como los que el Primer Ministro podría ofrecerle, que Lawrence pudiese aceptar, o en caso de aceptar *conservar*. Inmediatamente empieza a hablar de "prostitución moral" y se va... Lawrence es anormal en muchos sentidos y es extraordinariamente difícil hacer nada por él". Su anormalidad consistía en no dejarse comprar por nadie y en reírse del dinero. La actitud de Lawrence hacia el dinero no varió desde 1911, cuando escribía: "Me temo que mi padre tenga razón en lo que se refiere a nosotros (él y sus cuatro hermanos), a nuestras carreras; su indiferencia idealista hacia la parte material de la vida tiene su lado positivo. Tener cinco hijos y que ninguno de ellos gane dinero es un motivo de orgullo —desde mi punto de vista, al menos".

La conquista del aire preocupaba a Lawrence. La consideraba im-

1 Every thing that is, is holy.
2 "...a web of mysticism".

portantísima para Inglaterra. Ponerse al servicio de esa causa, trabajar en la R. A. F. en el puesto más humilde —estando capacitado para el mando— fué una de las tentaciones a las cuales no supo resistir. Pues su deber era *mandar*. Para enrolarse como soldado raso, tuvo que cambiar de nombre, disfrazarse a fin de pasar inadvertido. Pero como llevaba irremediablemente consigo su personalidad, pasar inadvertido era un imposible. Siempre se acababa por descubrir qúe Shaw o Ross era Lawrence.

Bernard Shaw trata de demostrarle lo absurdo de esa farsa ingenua, y con su humorismo habitual se burla de él y le escribe:

"Si Nelson hubiera quedado un poco chiflado después del golpe que recibió en la cabeza en la batalla del Nilo y al llegar a Inglaterra hubiese insistido en formar parte de la tripulación de una barcaza de canal y en ser considerado como un fulano cualquiera, habría desconcertado mucho menos que usted al Almirantazgo. Un Marbot inexperto y asustado, al mando de un sardónico Napoleón, en Austerlitz y Iena, habría sentido lo mismo que sentirían sus oficiales al tener bajo su mando a Lawrence el grande, el misterioso, fuera del cual no hay majestad ni poder.

Habla usted de pedir una licencia como si hubiera dificultades para ello. Pida usted tres meses de licencia y ellos le responderán con un suspiro de alivio: "¡Por el amor de Dios, tome usted seis, tome usted doce, tómese usted toda la vida, tome usted lo que quiera, pero basta de esta farsa enloquecedora que nos pone en ridículo!"

Lawrence sentía como una necesidad de castigar su propio orgullo al ponerse bajo las órdenes de hombres que le eran inferiores.

La lista de celebridades (o de gentes anónimas) a quien dirige sus cartas es larga. Entre ellas encontramos a Winston Churchill, Bernard Shaw, Lady Astor, Doughty, Garnett padre e hijo, Mrs. Thomas Hardy, Wavell, E. M. Forster, Robert Graves, Sir Philip Sassoon, Noel Coward, Sir Ronald Storrs, Allenby, Gertrude Bell, Siegfried Sassoon, etc....

Esas cartas tratan de temas variadísimos: literatura, guerra, escritores, conquista del aire, rebelión árabe, Conferencia del Cairo, castillos medievales, gramófonos, enfermedades, dinero, música, motocicletas, imprentas, lanchas.

David Garnett las ha reunido, siguiendo el orden cronológico, en cinco grupos bajo cinco títulos:

Arqueología, 1906 a 1914.
La Guerra, de 1914 a 1918.
La riña en Downing Street, de 1918 a 1922.
Jugando al escondite, de 1922 a 1928.
Lanchas automóviles, de 1929 a 1935, año de su muerte.

El tono de las cartas varía como varían las personas a quienes las dirige. Les leeré una a Winston Churchill, no porque me parezca la mejor (las cartas más extrañas y más lindas de Lawrence se dirigen a Garnett y a Curtis), sino porque es interesante ver el grado de intimidad y la franqueza que existía entre esos dos hombres cuyos nombres perdurarán en la historia del Imperio Británico, en la de la Literatura y en la del mundo.

Clouds Hill, Moreton, Dorset.

12 de diciembre de 1933.

Querido Winston:

¿Soy el último beneficiario de su Marlborough I *que le da las gracias? ¡Ay! probablemente.*

He dilatado la respuesta; en parte, porque trabajo todo el día en los astilleros de la R. A. F y estoy cansado por la noche; en parte, porque mi cuarto de Southampton se pone más y más frío a medida que avanza el invierno. El resultado es que me meto en seguida en cama. Pero la razón principal de mi

demora es que he querido gozar el libro lentamente, semana tras semana. Lo terminé ayer. Ojalá no fuese cierto. Ha sido una experiencia enriquecedora.

La armazón del libro es excelente. Sus partes se equilibran y la corriente central fluye. Su nitidez me hace pensar en que cierto sentido del equilibrio es la superioridad que tiene sobre The World's Crisis. Marlborough *tiene los grandes cuadros escénicos, los detallados retratos de hombres, los sobrios comentarios sobre el método político, el humorismo, la ironía y la comprensión de sus escritos en general, pero además tiene más disciplina y más fuerza, y una gran dignidad. Es historia, solemne y decorativa.*

Siempre nos acordamos de que usted es el sobrino del duque, y esperamos que se muestre parcial. De ahí que descontemos un poco de su partidismo, de ahí que no necesite usted molestarse en sopesar los juicios que expresa. ¡Que los aguanten! Queremos que apoye usted al duque en lo bueno y en lo malo. Usa usted una ironía muy eficaz cuando habla de su dinero.

¿Ha observado usted cuán borrados resultan él y Sara como personas? Sus responsabilidades y trabajos los hacen desaparecer. Solamente las pocas líneas de Colley Gibber permiten ver la carne y la sangre de sus inteligencias. Era una época dura.

Espero que el fin del segundo tomo los haga volver de nuevo a sus cuerpos. Una persona de vida muy pública tiene inevitablemente más ropa que piel. En este volumen presenta usted la escena, muestra los actores y los deja listos para actuar. Es extraño que la fuerza de Marlborough haya crecido cuando esperaba y dormía, encerrado e inactivo. Lo cual da una idea de su grandeza. Nunca me había dado yo cuenta que obtuvo su puesto de primer ministro sin habérselo propuesto. La carencia de ambiciones personales en el primer volumen es extraterrena. Él nunca busca nada.

Muy sabio de su parte es escribir contenidamente. Es una contención no de las opiniones o los puntos de vista, sino de la expresión. Marlborough *desdeña esencialmente el estilo literario. En esa forma gana usted en dignidad, y el estilo del libro es distinguido. Su prosa tiene muchos ecos de ese período. Supongo que lo ha estudiado usted mucho, y lo ha citado abundantemente, en forma explícita e implícita.*

Para terminar, una confesión. A partir de 1927 me ha enviado usted cada parte de su Crisis *a medida que iba avanzando. Los primeros dos tomos fueron*

conmigo a la India, leídos con avidez y puestos junto a mis otros libros. Toda mi vida he estado escogiendo los libros que he de releer, preparándome para la vejez, que tan pronto llega para los soldados o aviadores que han terminado con su servicio.

Por desgracia, los libros tuvieron que quedarse en la casa de un amigo. De allí los sacaba los que querían, y ahora me faltan por docenas. Entre éstos están sus dos primeros tomos. En las librerías de Inglaterra he encontrado otros ejemplares de la primera edición con qué reemplazarlos. Si voy alguna vez a verlo con estos sucedáneos, ¿querrá usted ponerles su firma? Perdóneme usted, asimismo, si ve que los originales están a la venta en las vidrieras de Foyle. Me los han robado: yo no los he traicionado. Lamento mucho haberlos perdido. Son libros excelentes, y mejorados por el hecho de que usted los haya tocado.

Suyo,

T. E. SHAW

"They are such good books, and essentially bettered by showing that you have touched them".

Hay algo conmovedor en esta frase viniendo de quien venía. El aprecio, el afecto y la admiración de Lawrence por Churchill eran correspondidos.

Después de la muerte de Lawrence, Churchill escribió, refiriéndose a él: "Home, money, confort, name, power itself meant little or nothing to him. The modern world had no means of exerting the slightest pull upon him. Solitary, austere, inexorable, he moved upon a place apart and above our common lot... I deem him one of the greatest beings alive in our time. I do not see his like elsewhere. I fear whatever our need we shall never see his like again" [1].

1 "El hogar, el dinero, el confort, el renombre, el poder mismo no significaban nada para él. El mundo moderno no tenía medios para ejercer la menor presión sobre él. Solitario, austero, inexorable, se movía en un plano que estaba por encima del nuestro. Lo considero como uno de los más grandes hombres de nuestro tiempo. No veo su igual en ninguna parte.Y por mucho que lo necesitemos, me temo que nunca volvamos a encontrar su igual".

En esta guerra buena falta nos ha hecho. Más de una vez lo habrá echado de menos Churchill.

Las últimas líneas escritas por Lawrence fueron un telegrama a Henry Williamson, la mañana de su accidente. Fué él mismo, en motocicleta, a llevarlo al correo. Volviendo a Cloud Hills, a fin de no atropellar a dos muchachos, en bicicleta, que le salieron al paso, hizo un virage, perdió el control y fué despedido por encima del manubrio.

Ya una vez, por tratar de no matar un pájaro que vino a aplastarse contra su side-car, había hecho una maniobra semejante.

Así perdió la vida en un vulgar accidente callejero el hombre que la había arriesgado de tantas maneras en cielo, mar y tierra.

De Quincey, el "english opium eater" que murió muchos años antes de ese 16 de agosto de 1888 en que debía nacer T. E. Lawrence, nos habla, en su libro sobre los *English Lake Poets*, de un sueño extraño que Wordsworth describe en un poema.

El poeta, después de una lectura (leía Don Quijote) al borde del mar, pasa de la modorra producida por el calor al sueño. Wordsworth se duerme mirando la playa. De Quincey hace notar que en las circunstancias en que Wordsworth se duerme —leyendo la historia de ese caballero medio lunático (desfacedor de entuertos) y contemplando la arena— está ya el tema del sueño.

Sueña, en efecto, que ve una gran extensión cubierta de arena, en alguna África desierta, y a lo lejos distingue

"An Arab of the desert, lance in rest,
Mounted upon a dromedary" [1].

1 "Un árabe del désierto, lanza en ristre,
Montado en un dromedario."

El árabe se acerca y el soñador comprueba que ese hombre está agitado y que mira con inquietud hacia atrás. En su mano el desconocido lleva dos libros: Los Elementos de Euclides y otro volumen. Otro volumen "which is a book and yet not a book, seeming in fact a shell as well as a book — seeming neither, and yet both at once" [1].

El árabe pide a Wordsworth que ponga ese caracol —que también es libro— contra su oreja. Entonces Wordsworth oye.

"In an unknown tongue which yet I understood
A wild prophetic blast of harmony,
An ode as if in passion utter'd, that foretold
Destruction to the people of this earth
By deluge near at hand" [2].

El árabe, con gravedad, asegura a Wordsworth que esos terribles acontecimientos se aproximan y que él —el Árabe— tiene una misión divina que cumplir. Va a enterrar, probablemente para salvarlos, los dos libros que lleva

"The one that held acquaintance with the stars,
...undisturbed by space or time;
The other that was a God, yea, many gods

1 "que es y no es un libro, que es un caracol tanto como un libro, que no es ninguno de los dos, y es los dos al mismo tiempo".

2 "En una lengua desconocida que sin embargo yo comprendía
Una profética y salvaje ráfaga de armonía,
Una oda dicha con pasión que predecía
La destrucción a los pueblos de la tierra
En un diluvio próximo".

Had voices more than all the winds and was
A joy, a consolation and a hope" [1].

Mientras escucha al árabe, Wordsworth ve a lo lejos "a glittering light" y le pregunta qué es ese resplandor. El árabe contesta: "It is the waters of the earth". Esas aguas van a invadirlo todo. Es la gran ola de muerte que también preveía el otro Lawrence.

En ese momento, el Árabe se aleja, montado en su dromedario, y Wordsworth lo ve

"Hurrying o'er the illimitable waste,
With the fleet waters of a drowning world
In chase of him..." [2]

La angustia de la pesadilla despierta al poeta. Vuelve a ver, ante sus ojos, el mar y junto a su mano el libro de Cervantes que leía.

Hay algo profético en este sueño. Algo que se parece extrañamente a Lawrence de Arabia, a sus libros, a sus hazañas, a la gran marea de guerras que iba a cubrir al mundo civilizado.

Ese volumen de que habla Wordsworth, en que se oye el tumulto de la vida como el mar en un caracol, ese volumen "that held acquaintance with the stars" podría llamarse *Los Siete Pilares*. En las primeras líneas de la misteriosa dedicatoria de este libro, Lawrence escribe:

1 "El uno que guardaba relación con las estrellas
...no turbadas por el tiempo o el espacio.
El otro que era un Dios, no muchos d'oses,
Tenía más voces que todos los vientos y era
Una alegría, un consuelo y una esperanza".

2 "De prisa por el desierto sin límites
Perseguido por las rápidas corrientes
De un mundo que se ahogaba..."

"I drew these tides of men into my hands and wrote my will accross the sky in stars" [1]. También en las primeras líneas del primer capítulo, vuelve el tema de las estrellas: "... at night we were stained with dew [habla de los guerreros en el desierto] and shamed into pettiness by the innumerable silences of the stars" [2]. Lawrence dice: silencios de las estrellas, no silencio. Subrayo el plural. Cada estrella tiene su silencio personal. Lawrence no lo percibiría si no hubiera vivido en intimidad con ellas: la intimidad del desierto.

Y el otro libro "that had voices more than all the winds" y que el árabe iba a enterrar, ¿no era acaso la vida misma de Lawrence? Ese huracán, ese vendaval interior que fué su vida y que sólo encontraba alivio en desesperadas y solitarias carreras en motocicleta: "*In speed, we hurl ourselves beyond the body*" [3]. La velocidad fué el único vicio, la única droga de Lawrence. Se hacía la ilusión de que en la velocidad "we are not earthbound" [4].

El caballero errante y desconocido del sueño de Wordsworth, perseguido por las aguas rápidas de una catástrofe mundial, tiene ya nombre. Para nosotros se llama Lawrence.

La historia de este arqueólogo que no era arqueólogo sino soldado, que no era soldado sino monje, que no era monje sino escritor, que no era escritor sino el *rey sin corona de los árabes y de todos los que lo admiraban*, es extraña hasta lo inverosímil. Su vida parecerá absurda, como la de Don Quijote, a la multitud de Sanchos que oigan hablar de ella. Pero para algunos, será siempre ejemplar. Será siempre "a joy, a consolation and a hope".

VICTORIA OCAMPO

1 "Atraje a mis manos esas mareas de hombres y escribí con estrellas mi voluntad en el cielo".

2 "... de noche nos manchaba el rocío y los innumerables silencios de las estrellas nos avergonzaban de nuestra pequeñez".

3 "En la velocidad nos lanzamos más allá del cuerpo".

4 "nos estamos atados a la tierra".

NUEVOS SONETOS VEGETALES

JAZMÍN DEL PAÍS

¿Qué estrellada presencia antigua y leve
en lenta noche, densa de verano,
cálidas ondas mueve en el arcano
aire, soñando inmaterial relieve?

¿Por qué escala de pétalos se atreve
a descender? ¿No vuelan de su mano
desde remoto cielo provinciano
tus aprendices ángeles de nieve?

¡Oh novia en flor! Voz del ayer, ternura,
goce confidencial, nocturno idioma,
luciérnaga apagada en la espesura.

Ya recupero en ti lo que en ti pierdo:
no impreciso recuerdo de un aroma,
sino el pasmado aroma del Recuerdo.

BALDÍO

Cardo en aguda alerta prevenido
sueña el plumón que por el aire vaga,
cubre con su sombrilla la biznaga
la trinidad del trébol florecido.

Fórmica ortiga su rencor ardido
urde junto a inocente verdolaga,
hierba sin nombre su humildad propaga
y huye el abrojo al vellocino asido.

Rubia constelación y diminuta
multiplica en su albor la manzanilla.
Su simétrica umbela la cicuta

junta a la espuela azul del caballero.
Lúcida busca ciega maravilla
hirsuto erial, no cauto invernadero.

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA

VISITA AL POETA ROBERT FROST

Después de veinte minutos de caminar por la carretera, bajo el sol de las tres, llegué por fin al recodo. Torcí hacia la derecha y empecé a trepar la cuesta. A trechos los árboles que bordeaban la senda daban un poco de frescura. El agua corría por una acequia, entre hierbas. Crujía la arena bajo mis zapatos. El sol estaba en todas partes. En el aire había un olor a hierba verde y caliente, con sed. No se movía un árbol, ni una hoja. Unas cuantas nubes descansaban pesadamente, ancladas en un golfo azul, sin olas. Cantó un pájaro. Me detuve para quitarme el saco: "Cuanto mejor sería tenderme bajo este olmo. El sonido del agua vale más que todas las palabras de los poetas." Y seguí caminando, por otros diez minutos. Cuando llegué a la granja unos niños rubios jugaban, en torno a un abedul. Les pregunté por el dueño; sin dejar de jugar me contestaron: "Está arriba, en la cabaña." Y me señalaron la punta de la colina. Eché a andar de nuevo. Caminaba ahora entre hierbas altas, que me daban a la rodilla. Cuando llegué a la cima pude ver todo el pequeño valle: las montañas azules, el arroyo, el llano de un verde luminoso y, al fondo, el bosque. El viento empezó a soplar; todo se mecía, casi alegremente, como si los árboles, las nubes, las hierbas, se dispusieran a bailar. Cantaban todas las hojas. Me dirigí hacia la cabaña. Era una casita de madera vieja y sin pintar, grisácea por los años. Las ventanas no tenían cortinas; me

abrí paso entre las hierbas y me asomé por una ventana. Adentro, sentado en un sillón, estaba el viejo. A su lado descansaba un perro lanudo. Al verme se levantó y me hizo señas para que diera la vuelta. Rodeé la cabaña y lo encontré en la puerta. El perro me recibió saltando, fiestero. Cruzamos un pasillo y entramos a una pequeña habitación: piso sin pulir, dos sillas, un sillón azul, otro ladrillo, un escritorio con unos cuantos libros, una mesita con papeles y cartas. En las paredes blancas tres o cuatro grabados, nada notables. Nos sentamos.

—Hace calor, ¿eh? ¿Le gustaría tomar una cerveza?

—Sí, creo que sí. He caminado media hora y me siento fatigado.

—Ah, ¿se vino a pie?

Bebimos la cerveza despacio. Mientras bebía mi vaso, lo contemplaba. Con su camisa blanca abierta —¿hay algo más limpio que una camisa blanca limpia?—, sus ojos azules, inocentes e irónicos, puros, su cabeza de filósofo y sus manos de campesino, parecía un viejo sabio, de esos que prefieren ver al mundo desde su retiro. Pero no había nada ascético en su apariencia, sino una sobriedad viril. Estaba allí, en su cabaña, retirado del mundo, pero no para renunciar a él, sino para contemplarlo mejor. No era un ermitaño, ni su colina era una roca en el desierto. El pan que comía no se lo habían llevado los tres cuervos; él mismo lo había comprado en la tienda del pueblo.

—El sitio es realmente hermoso. Casi no me parece real. Este paisaje es muy distinto del nuestro; mucho más humano, más hecho para los ojos del hombre. Y las distancias también están más hechas para nuestras piernas. Aquí una caminata es placentera.

—Mi hija me ha dicho que el paisaje de su país es muy dramático.

—La naturaleza es hostil allá abajo. Además, somos pocos y débiles. Al hombre lo devora el paisaje y siempre hay el peligro de convertirse en cactus.

—Me han dicho que los hombres se están quietos por horas enteras, sin hacer nada.

—Por las tardes se les ve, inmóviles, al borde de los caminos o a la entrada de los pueblos.

—¿Es que así piensan?

—Es un país que un día se va a convertir en piedra. Los árboles y las plantas tienden a la piedra, lo mismo que los hombres. Y también los animales: perros, coyotes, serpientes. Hay pajaritos de barro cocido y es muy extraño verlos volar y oírlos cantar, porque uno no se acaba de acostumbrar a la idea de que son pájaros de verdad.

—Le voy a contar algo. Cuando tenía quince años escribí un poema, mi primer poema. ¿Y sabe usted cuál era el tema? La Noche Triste. En ese tiempo leía a Prescott y quizá su lectura me hizo pensar en su país. ¿Ha leído a Prescott?

—Era una de las lecturas favoritas de mi abuelo. De modo que lo leí casi niño. Me gustaría volver a leerlo.

—A mí también me gusta releer los libros. Desconfío de la gente que no relee. Y de los que leen muchos libros. Me parece una locura la moderna manía de la lectura: eso sólo aumentará el número de los pedantes. Hay que leer bien y muchas veces unos cuantos libros.

—Una amiga me cuenta que han inventado un método para desarrollar la velocidad en la lectura. Creo que lo piensan imponer en las escuelas.

—Están locos. A lo que hay que enseñar a las gentes es a que lean despacio. Y a que no se muevan tanto. ¿Y sabe usted por qué inventan todas esas cosas? Por miedo. La gente tiene miedo de detenerse en las cosas, porque eso las compromete. Por eso huyen de la tierra y se van a las ciudades. Tienen miedo de quedarse a solas consigo mismos.

—Sí, el mundo está lleno de miedo.

—Y los poderosos se aprovechan de ese miedo. Nunca había sido tan despreciada la vida individual y nunca había sido tan reverenciada la autoridad.

—Claro, es más fácil que vivan por uno, que decidan por uno. Hasta morirse es más fácil, si se muere por cuenta de otro. Y también los poderosos tienen miedo. Por eso, precisamente, se aferran al poder.

—Aquí la gente abandona la tierra para ir a trabajar a las fábricas. Y cuando regresan ya no les gusta el campo. El campo es difícil. Hay que estar siempre alerta, pues uno es el responsable de todo y no tan sólo de una parte, como en la fábrica. Es una vigilancia perpetua.

—El campo es, además, la experiencia de la soledad. No pueden ir al cine, ni refugiarse en un bar.

—Exactamente. Es la experiencia de la libertad. Es como la poesía. La vida es como la poesía, cuando el poeta escribe un poema. Empieza por ser una invitación a lo desconocido: se escribe la primera línea y no se sabe lo que hay después. No se sabe si en el próximo verso nos espera la poesía o si vamos a fracasar. Y esa sensación de peligro mortal acompaña al poeta en toda su aventura.

—En cada verso nos aguarda una decisión y no nos queda el recurso de cerrar los ojos y dejar que el instinto obre por sí solo. El instinto poético consiste en una tensión alerta.

—En cada línea, en cada frase está escondida la posibilidad de fracasar. Y de que fracase todo el poema, no nada más que ese verso aislado. Y así es la vida: en cada momento podemos perderla. En cada momento hay un riesgo mortal. Y cada instante es una elección.

—Tiene usted razón. La poesía es la experiencia de la libertad. El poeta se arriesga, se juega el todo por el todo del poema en cada verso que escribe.

—Y no se puede uno arrepentir. Cada acto, cada verso, es irrevocable, para siempre. En cada verso uno se compromete para siempre. Pero ahora la gente se ha vuelto irresponsable. Nadie quiere decidir por sí mismo. Como esos poetas que imitan a sus antecesores.

—¿No cree usted en la tradición?

—Sí, pero cada poeta ha nacido para expresar algo suyo. Y su primer deber es negar a sus antepasados, a la retórica de los anteriores. Cuando empecé a escribir me di cuenta de que no me servían las palabras de los antiguos; era necesario que yo mismo me creara mi propio lenguaje. Y ese lenguaje —que sorprendió y molestó a algunas personas— era el lenguaje de mi pueblo, el lenguaje que rodeó mi infancia y mi adolescencia. Tuve que esperar mucho tiempo para encontrar mis palabras. Hay que usar el lenguaje de todos los días...

—Pero sometido a una presión distinta. Como si cada palabra hubiera sido creada solamente para expresar ese momento particular. Porque hay una cierta fatalidad en las palabras; un escritor francés dice que las "imágenes no se buscan, se encuentran". No creo que quiera decir que el azar preside la creación, sino que una fatal y voluntaria selección nos lleva a ciertas palabras.

—El poeta crea su propio lenguaje. Y luego debe luchar contra esa retórica. Nunca debe abandonarse a su estilo.

—No hay estilos poéticos. Cuando se llega al estilo la poesía es substituída por la literatura.

—Esa era la situación de la poesía americana cuando empecé a escribir. Allí empezaron todas mis dificultades y mis aciertos. Y ahora quizá sea necesario luchar contra la retórica que hemos creado. El mundo, amigo mío, da vueltas y lo que ayer estaba arriba hoy está abajo. Hay que mofarse un poco de todo esto. No hay que tomar nada muy en serio, ni siquiera las ideas. O mejor dicho, precisamente

porque somos muy serios y apasionados, debemos reírnos un poco. Desconfíe de los que no saben reír.

Y se reía con una risa de hombre que ha visto llover y, también, de hombre que se ha mojado. Nos levantamos y salimos a dar una vuelta. Bajamos por la colina. El perro saltaba delante de nosotros. Al salir me dijo:

—Y sobre todo desconfíe de los que no se saben reír de sí mismos. Poetas solemnes, profesores sin humor, profetas que sólo saben aullar y discursear. Todos esos hombres son peligrosos.

—¿Lee usted a los modernos?

—Leo siempre poesía. Me gusta leer la poesía de los jóvenes. Y también a algunos filósofos. Pero no soporto las novelas. Creo que nunca he leído una.

Seguimos caminando. Al llegar a la casa de la granja nos rodearon los niños. Ahora el poeta me hablaba de su infancia, de los años de San Francisco y del regreso a Nueva Inglaterra.

—Esta es mi tierra y creo que aquí está la raíz de la nación. De aquí brotó todo. ¿Sabe usted que el Estado de Vermont se negó a participar en la guerra contra México? Sí, de aquí brotó todo. De aquí surgió el deseo de internarse en lo desconocido y el deseo de quedarse a solas con uno mismo. A eso hemos de volver si queremos preservar lo que somos.

—Me parece muy difícil. Son ustedes ahora muy ricos.

—Hace años pensé irme a un pequeño país, adonde no llegara el ruido que hacen los grandes. Escogí a Costa Rica. Cuando preparaba mi viaje supe que allí también una compañía norteamericana hacía de las suyas. Y desistí. Por eso estoy aquí, en Nueva Inglaterra.

Llegamos al recodo. Vi el reloj: habían pasado más de tres horas.

—Creo que me debo ir. Me esperan allá abajo, en Bread Loaf.

Me tendió la mano:

—¿Sabe el camino?

—Sí—, le contesté. Y le estreché la mano. Cuando me había alejado unos pasos oí su voz:

—¡Vuelva pronto! Y cuando regrese a Nueva York escríbame. No lo olvide.

Le contesté con la cabeza. Lo vi subir la senda, jugando con su perro. "Y tiene setenta años", pensé. Mientras hacía el regreso me acordé de otro solitario, de otra visita. "Creo que a Robert Frost le hubiera gustado conocer a Antonio Machado. Pero, ¿cómo se hubieran entendido? El español no hablaba inglés y éste no conoce el castellano. No importa, hubieran sonreído. Estoy seguro que se habrían hecho amigos inmediatamente". Me acordé de la casa en Rocafort, en Valencia, del jardín salvaje y descuidado, de la sala y los muebles empolvados. Y Machado, con el cigarro apagado en la boca, chupaba. El español también era un viejo sabio retirado del mundo y también se sabía reír y también era distraído. Como al americano, le gustaba filosofar, pero no en los colegios, sino al margen. Sabios de pueblo: el americano en su cabaña, el español en su café de pueblo castellano. Y Machado también profesaba horror a lo solemne y tenía la misma gravedad sonriente. "Sí, el americano tiene la camisa limpia y hay más árboles en su mirada. Pero la sonrisa del otro era más triste y fina. Hay mucha nieve en los poemas del americano, pero hay polvo, antigüedad, historia, en los del otro. Ese polvo de Castilla, ese polvo de México, que apenas se toca se deshace entre las manos..."

OCTAVIO PAZ

MAESTRÍA ANTIGUA EN LA PROSA

En las cosas del espíritu, el bien es mayor cuanto más comunicado, decían nuestros renacentistas, y eso es lo que me mueve a hacer partícipes a los amigos de SUR del placer que me ha traído un libro antiguo y raro. *El libro del cavallero Zifar* es la más antigua de las novelas españolas de caballerías y una de las más poéticas y menos disparatadas. Durante la edad media corría en varios manuscritos, pero cuando advino la imprenta sólo una vez se imprimió en Sevilla, 1512. Sin duda su sencilla poesía y su parsimonia educadora debían resultar un poco insípidas ya para los españoles del siglo XVI hechos a los desenfrenos imaginativos de las otras novelas de caballerías. Don Quijote ni siquiera la tenía en su biblioteca, o por lo menos el cura y el barbero no dieron con ella en el escrutinio; seguro que de encontrarla, se habría salvado de la quema con el *Amadís* y el *Tirante el Blanco*. Pero no me dejaré llevar por el tema; mi propósito es sólo dar esta muestra de prosa artística, lograda hacia 1300, quizá algunos años antes. Apenas hacía medio siglo que había nacido con Alfonso X la prosa castellana, y ved a qué grado de arte la lleva el autor anónimo del *Cavallero Zifar*. La economía de elementos y su distribución, el vuelo directo del desarrollo, las poéticas gradaciones en la presencia del viento y del agua, las musicales simetrías, el grave acorde final que reduce a sentido ético lo que venía pareciendo un juego poético, todo muestra una madura maestría artística, una con-

ciencia segura de los fines estéticos y del alcance de los medios de expresión. Después de los desiguales tanteos de la prosa Alfonsina, la del Infante Don Juan Manuel es la que se suele citar como el primer avance importante en la historia de la prosa; y sin duda la prosa de *El Conde Lucanor*, con su poder de condensación eficaz, con la certera austeridad de las significaciones y con la sobria maestría en la narración, representa un formidable progreso para la historia de la prosa; pero *El Caballero Zifar* no lo representa menos, aunque en otra dirección, la de una artística sensualidad, y con el añadido, nada desdeñable en la protohistoria de un arte, de haber precedido a *El Conde Lucanor* en unos 35 años.

Para ahorrar meros estorbos a los ojos actuales modernizo la ortografía, donde se puede sin daño (*dijo* por *dixo*, *dicen* por *dizen*, etc.); y como ayuda a los poco familiarizados con nuestra lengua antigua, explico: *enjemplo* es apólogo; *demandar*, preguntar; *aína*, de prisa; *por ende*, por eso; *mester*, menester; *fallarme heder*, me hallaréis (*hallar he* = hallaré); *falláredes*, hallareis; *cañadas*, quebradas; *temblo*, el álamo temblón; *í*, *allí* (recuérdese el francés *y*, *il-y-a*); *ende*, *de allí* (recuérdese el francés *en s'en aller*); *catad*, mirad; *de todo en todo*, sin falta; *vegada*, vez; *aborrecer*, abandonar con aversión (metáfora tomada de los pájaros que aborrecen el nido profanado por manos humanas).

DEL ENJEMPLO QUE DIÓ LA EMPERATRIZ AL EMPERADOR DEL AGUA E DE LA VERDAD E DEL VIENTO, SOBRE LO QUE LE PEDÍA EL INFANTE ROBOÁN

Oí decir que el agua e el viento e la verdad ficieron hermandad; e la verdad e el agua demandaron al viento e dijeron así:

—Amigo, tú eres muy sotil e vas mucho aína por todas las partes del mundo, e por ende conviene de saber de ti dó te fallaremos cuando te hubiéremos mester.

—Fallarme hedes —dijo el viento— en las alturas de la Tierra; e si allí non me falláredes, fallarme hedes en las cañadas que son entre las sierras; e si í non me falláredes, iredes a un árbol al que dicen tiemblo, e í me fallaredes ca nunca ende me parto.

—E la verdad e el viento demandaron al agua que dó la fallarían cuando hubiesen mester.

—Fallarme hedes —dijo el agua— en los ríos; e si allí non me falláredes, fallarme hedes en las fuentes; e si í non me falláredes, fallarme hedes en las junqueras verdes; catad í, ca ahí me fallaredes de todo en todo.

E el agua e el viento demandaron a la verdad e dijeron:

—Amiga, cuando te hubiéremos mester ¿a dó te fallaremos?

E la verdad les respondió e dijo así:

—Amigos, mientre me tenedes entre manos, guardadme bien que vos non salga de ellas; ca si de manos vos salgo una vegada, nunca jamás me podredes haber; ca de tal natura soy, que aborrezco a quien una vegada me parte de sí; ca tengo que el que una vegada me despreciare non es digno de me haber.

Aunque necesario no lo es, vamos a intentar por pura complacencia una versión moderna de este pasaje con las mínimas alteraciones:

DEL APÓLOGO DEL AGUA DE LA VERDAD Y DEL VIENTO QUE DIJO LA EMPERATRIZ AL EMPERADOR SOBRE LO QUE LE PEDÍA ROBOÁN

Una vez el agua, el viento y la verdad hicieron hermandad; y la verdad y el agua preguntaron al viento y le dijeron así:

—Amigo, tú eres muy sutil y vas muy ligero por todas las partes del mundo, y por eso conviene que nos digas dónde te hallaremos cuando tuviéremos menester de ti.

—Me hallaréis —dijo el viento— en las alturas de la Tierra; y si allí no me hallareis, me hallaréis en las quebradas de las sierras; y si allí

no me hallareis, iréis al árbol que llaman álamo temblón y allí me hallaréis, que de ése nunca me aparto.

Y la verdad y el viento preguntaron al agua que dónde la hallarían cuando tuviesen necesidad.

—Me hallaréis —dijo el agua— en los ríos; y si allí no me hallareis, me hallaréis en las fuentes; y si allí no me hallareis, me hallaréis en las junqueras verdes; mirad ahí, que ahí me hallaréis sin falta posible.

Y el agua y el viento preguntaron a la verdad y dijeron:

—Amiga, cuando tuviéramos necesidad de ti ¿dónde te hallaremos?

Y la verdad les respondió y dijo así:

—Amigos, mientras me tengáis entre manos cuidad bien que no me escape de ellas; que si una vez me soltáis, nunca jamás me podréis ya tener; pues de tal naturaleza soy, que cobro aversión a quien una vez me desecha, porque pienso que el que una vez me desprecie no es ya digno de tenerme.

AMADO ALONSO

"MIT BRENNENDER SORGE"
LA CONTRA INQUISICIÓN

Cuando Martín Lutero, convencido de poder ganar a los judíos para el cristianismo por medio de la Reforma, tuvo que cargar con su patética decepción, y cuando los judíos, demasiado consternados para comprender en el acto la naturaleza ajudía de la Reforma, empezaron a negarse a Wittenberg con esa terquedad enconada que les asegura la perduración en todos los riesgos, la cristiandad debió haber descubierto que el judaísmo no es su antagonista. Es extraño que así no aconteciera, porque la constelación era diáfana. Lutero había hecho enormes concesiones, y se veía entonces que el judaísmo cumpliría lo que prometen muchos sin cumplir: antes perecer que doblegarse. Más aún: se veía que cierto sagrado móvil de sus actitudes era superior a toda su infelicidad.

Instituyendo la Reforma, el cristianismo efervescente había desencadenado una revolución para hacer justicia, según creía y esperaba, a varias causas: la de los católicos encolerizados, la de los judíos, la de ciertos paganos. Ahora bien, suele suceder que determinadas características de las revoluciones suscitan el agrado de personas ajenas al propósito esencial del respectivo proceso revolucionario, porque les conviene acatarlas. Los luteranos del siglo XVI, como no podían presentir el desenlace fatal que sobrevino cuatro siglos más tarde, observaban con regocijo que su doctrina iba anidando, dentro de Alemania, en aquellas regiones cuyo paganismo, de índole eslavogermana, era vi-

rulento. El instinto prusiano de los pantanos, atraído por la aparente y afable tosquedad de la enseñanza luterana, la acogió con diligencia, en parte para elevarla, en parte para dar vida a una especie de neo-espartanismo diametralmente opuesto a la hiperbólica sensibilidad de los israelitas orientales. El catolicismo meridional había quedado reemplazado por una ideología nórdica que ni siquiera contaba ya con el significado que tienen algunas materias naturales mediterráneas, como por ejemplo el mármol, que presenta jaque, gracias a sus propiedades y posibilidades, a muchos aspectos de la natural inhumanidad. La ausencia de imágenes ideada por la meditación judía, y que el protestantismo, buscador de prosélitos, introdujo en su propia religión, había fomentado efectivamente la vieja austeridad septentrional, pero también, junto con ella, el recuerdo y el sueño de las viejas deidades naturales, invisibles como Dios. Era imposible que el principio de abstracción, elaborado por el judaísmo en tres mil años de angustia como único remedio que encontró contra el dolor, produjera efectos sutiles en hombres que apreciaban en exceso el esplendor de la violencia, de las armas y de la victoria sobre el vencido. En cuanto a la supresión de la confesión oral establecida por el protestantismo, también con miras a la idea judaica de la relación inmediata entre la criatura y Dios, permitía a su ímpetu pagano suplir los requerimientos de una posible conciencia cristiana con los de una gana elemental. Cuando los espartanos de la Prusia Oriental empezaron a estratificar aquel militarismo, que más tarde llegó a ser toda una visión del mundo, su creencia luterana, saturada de una disciplina casi delincuente y de un sentimentalismo también típico de la delincuencia, era ya de orden netamente guerrera; y cuando la llamada Iglesia Alemana, arrancada por el nacionalsocialismo de las entrañas de la Iglesia Evangélica ortodoxa, pretendió hallar nuevos valores religiosos, la vieja experiencia protestante tuvo que servir de pretexto para justificar la idea de un Dios de la venganza aún menos divina y aún más inhumana que la de los pueblos que iniciaron con ella su evolución. La enseñanza de la impiedad que se había trasparentado con toda vehemencia a través del lute-

ranismo prusiano cuatro siglos antes, como continúan trasparentándose las tradiciones aztecas y toltecas a través del catolicismo mexicano actual (sin ponerlo en peligro), se encontró convertida de repente en una doctrina del terror que traslucía el luteranismo, pero tan débilmente que ya no conseguía estructurarlo. La consternación de la creencia evangélica no profanada rayaba tanto más en el espanto cuanto que veía con toda claridad lo fácil que era para una glacial lascivia prusiana, fascinada e hipnotizada por la arcana crueldad de la naturaleza libre, confundir —en el sentido figurado y en el directo— la gran cruz, sin el crucificado, con un árbol ciclópeo. Pero ya era tarde. El neoespartanismo nacionalsocialista —fruto de un proceso de organización por el que pasó el paganismo eslavogermano— había abusado de las concesiones que hizo la Reforma a la religiosa descortesía de la constitución nórdica, para alzar una Contra Inquisición. La más noble creación del genio protestante, la fuga de Bach, se vió, de repente, colocada al nivel de la idolatría wagneriana.

La Contra Inquisición desencadenada por el nacionalsocialismo no fué ninguna Inquisición que dirigiera el judaísmo o el protestantismo contra la catolicidad, sino el acto de desesperación perpetrado por un instinto incapaz de gozar religiosamente, y muy consciente de esta su inferioridad. Apoyándose en una envilecida desfiguración del protestantismo, el resentimiento nacionalsocialista hizo todo lo que pudo para exterminar la fe, la humana sublimidad, la sabiduría, la caridad, Dios. Cubriendo en brevísimo tiempo gran parte del mundo —y en cierto sentido también, el mundo entero—, con sus tan pérfidos como tentadores ofrecimientos atizaba una idolatría y un paganismo que hasta entonces no se habían conocido jamás en la historia del hombre. Ya que habían fracasado las tentativas de hacer descender el cielo a la tierra, se le había ocurrido hacer ascender a la tierra el infierno, un infierno que era el cielo para la Contra Inquisición.

Contemplado el problema desde el punto de vista exterior, la justicia quedó ultrajada por encima de todo: el debilitamiento universal

de la certeza y precisión religiosas había conferido a un grupo de expulsados por su yo, la lúgubre satisfacción de poder gobernar mediante la fuerza de atracción que ejerce lo que, para nosotros, es el mal. Una vez erigido este fenómeno espeluznante de la injusticia, sobrevino un acto de nivelación: se empezó a extirpar al nacionalsocialismo tan espectacularmente como si se lo exhibiera a la vergüenza pública. Mas, a despecho de su trascendencia, tal hecho histórico, compuesto de un triunfo y de una derrota, pesa poco ante el significado de índole religiosa que reviste la Contra Inquisición.

Tergiversando la idea *justicia* hasta el extremo de obligar a la humanidad a que considere lo diabólico, en un momento dado, no por cierto como lo divino, pero sí como lo humano, la empresa nacionalsocialista estableció, muy en contra de su intención, de su voluntad y de su deseo, una tónica religiosa que, enfrentada con la idea *justicia*, parece ser ella misma. El odio, la furia y el frenesí que desarrolló eran tan sinceros, tan rectos y tan probos que el resultado rindió una precisión infinitamente más perfecta que la que pudiera obtener antes de ella cualquier tendencia menos estricta de comprensión, tolerancia o caridad. En cuanto a la causa judía, a la que muchas causas han querido hacer justicia, unas con dureza, otras con suavidad, otras mezclando ambas modalidades, el odio a muerte nacionalsocialista le asignó, después de tres mil años de valoraciones equívocas o equivocadas, el alto puesto que le corresponde.

Como fuerza pagana e idólatra por excelencia, el nacionalsocialismo fomentaba las demás ideas paganas o idólatras. De su zona nativa extrajo impulsos para rendir culto a los cuatro elementos rudimentarios, agregando el de la sangre; de sus ideas sobre la cultura egipcia, el propósito de sacrificar a la obra monumental inanimada todas las vidas humanas que estuvieran a su alcance. Lo que le sedujo en el comportamiento heleno era la inflexible línea divisora trazada entre el señor y el esclavo, así como entre la ética y el servicio divino. Roma tuvo que prestarle su apreciación excesiva del Estado.

Entre las culturas cristianas contemporáneas, la más favorecida era la protestante; según se llegó a insinuar, el luteranismo fué doblegado en sus albores hasta que sirviera de puente entre el firmamento de los santos y el Walhalla. Es verdad que algunas figuras representativas de la Iglesia Evangélica fueron las víctimas dilectas de la irresponsabilidad nacionalsocialista, pero tan sólo por despreciar el paganismo y defender la fe. La moderada emoción protestante resultaba grata en parte para encubrir, ante el extranjero cristiano, con un velo cuya trasparencia hacía verosímil el fraude, las verdaderas intenciones nacionalsocialistas; en parte por ofrecer, desde el punto de vista del culto, aquellas facilidades superficiales que se dejan confundir con facilidades trascendentes.

Una de las enemigas más receladas del nacionalsocialismo era la Iglesia Católica. Queriendo oponer a la Iglesia Universal un Imperio Universal exento de iglesias, la energía neo-espartana tuvo que intentar destruirla. Contando como cuenta el catolicismo con más de 300 millones de fieles, no podía haber espacio para ambas potencias. A pesar de no haber sido muy buen enemigo del nacionalsocialismo, el catolicismo hubiera podido ser —y era, tal vez— uno de sus mejores contrarios. En realidad, cuando Roosevelt, el protestante papa seglar, abrazó como tesis la democracia-dogma —amoldando a sus fines cierta táctica del Vaticano— y como hipótesis el nexo con la Santa Sede, el ideal católico de una Iglesia Universal equivalente a un Imperio Universal había entrado en una nueva fase. No era necesario que los sacerdotes fueran rebeldes activos para hacerse mártires; el mero hecho de ser ministros del Vaticano los señalaba como pertenecientes al linaje de los inquisidores, de aquellos inquisidores que, cuatrocientos años antes de advenir el nacionalsocialismo, habían defendido, aún con métodos comprensibles tan sólo a través del sentir de su época, ese mismo apego al comercio espiritual que fué más tarde el sepulcro nacionalsocialista. Es verdad que muchos católicos, en un momento dado, eran nacionalsocialistas. Tanto pudieron el relajamiento ético, la obcecación irradiada por la pers-

pectiva del triunfo y la pereza mental, que si el nacionalsocialismo no hubiera tratado como enemigos a los agentes de la catolicidad, la innocua muchedumbre de los feligreses lo habría aclamado sin reserva. He aquí uno de los síntomas más deprimentes de la debilidad humana: el enemigo aparentemente bien dotado goza de mayores atractivos que la propia causa en peligro.

Ahora bien, por afligida que esté la Iglesia luego de haber sido sometida a una prueba tan indigna de ella como digna del nacionalsocialismo, no queda estigmatizada sino medianamente como adversaria del paganismo de nuestra época. No hay que olvidar que la tónica erigida por el paganismo dispone los valores en un sentido polarmente opuesto al que conviene a la escala de la religiosidad. El catolicismo fué dolorosamente humillado. El judaísmo salió de la Contra Inquisición nacionalsocialista como sale el estertor de la garganta de los moribundos.

Suponiendo que algún móvil del temperamento alemán hubiera sentido la íntima necesidad —por nebulosa e inescudriñable que fuera— de ofrecer jaque a los judíos en general y a los de Alemania en particular, así como de excluírlos de los privilegios vitales comúnmente reconocidos, habría podido condenarlos al trabajo de siervos, como hizo, hace 3500 años, el Faraón con los hebreos, o declararles la guerra permanente plagiando la iniciativa de la población cananense frente a los israelitas; habría podido llevarlos al cautiverio siguiendo el ejemplo de Nabucodonosor, o vencerlos en combates vehementes al igual de Roma; habría podido perseguirlos quitándoles ventajas y volcando sobre ellos desventajas —tomando como modelo al español Ferrán Martínez—, o expulsarlos con cierto decoro, a semejanza de los Reyes Católicos; habría podido tamizar sus conciencias mediante una Inquisición o encerrarlos en ghettos; habría podido matarlos. Nada de esto se llevó a cabo aisladamente, pero sí todo junto y muchísimo más. El nacionalsocialismo sumergió a los judíos en la dilación ilimitada de las torturas; frente a ellas, la muerte es una merced. Por vez primera en la historia un puñado de gobernantes se dejó esclavizar hasta la inconsciencia, con

fines lucrativos, por el histerismo: nada encontraron demasiado bajo para su regocijo. Procediendo y reaccionando de esta suerte se enterraban a sí mismos en la hez de la existencia. La Contra Inquisición dirigida contra los judíos fué la orgía del nacionalsocialismo; al celebrarla dejaron de ser paganos y, por cierto, neo-espartanos, convirtiéndose no ya en antropófagos, sino en escatófagos, en idólatras condenados, por la ausencia de íconos respetables, a adorar el fango.

Pero debido precisamente a la enajenación de su conciencia, los sustentadores de la Contra Inquisición lograron llevar a buen fin lo que no había conseguido la llamada buena voluntad. Extremando la irresponsabilidad más allá de los lindes que incluso restringen la depravación, consiguieron perforar la barrera aparentemente intransitable. Dejando atrás, en la escala del análisis espectral ético, el ultravioleta de un extremo, toparon con el infrarrojo del otro. Así, los esbirros de la Contra Inquisición descubrieron judíos donde no los había antes del advenimiento de la era nacionalsocialista: en su asiduidad increíble dieron con los que se habían escondido ante sí mismos, con los que habían sido bautizados o se habían bautizado, con los que no sabían que eran judíos, con los que lo eran por descender de ellos, con mujeres judías que se habían agazapado detrás de sus cristianos esposos, con criptohebreos, con judaizantes. Para no quedarse cortos arremetieron contra el judaísmo de todo lo católico; tildando al catolicismo de enseñanza judía, proscribieron a Jesús como manantial judío del antipaganismo por perseguir. De esta suerte, el catolicismo llegó a ser para ellos judaísmo cristiano, y el hombre católico, vida judía enmascarada. Coronaron su tarea destruyendo los monumentos litúrgicos, históricos y artísticos de los judíos, quemando su obra literaria, suprimiendo aquel crear judío que había ido mezclándose a la creación heterodoxa del ambiente y haciendo lo imposible para borrar del suelo conquistado por ellos hasta la última huella del pie hebreo. Cuando finalizaron su cometido, a nadie le quedó ya duda alguna sobre el asombroso significado del diminuto pueblo judío diseminado por la tierra.

Ahora bien: cada vez que hoy se señala, rutinaria o distraídamente, la perversidad nacionalsocialista que ha llegado a ser proverbial, conviene reparar en el sentido trascendente que se oculta en esta expresión: fueron los nacionalsocialistas los que, deseando liquidar el judaísmo, descubrieron hasta el último cordero extraviado, enriqueciendo de este modo el rebaño hasta lo increíble. Fueron ellos los que sacaron a relucir hasta la última obra ideada por la mente judía; fueron ellos los que llevaron el concepto *judío* no ya a la aldea, sino a la solitaria morada del campesino, y fueron ellos, estos paganos, los que —estigmatizando la existencia judía más allá de lo humanamente soportable— la incorporaron a la fila de las culturas supremas, colocándola, en su calidad de cultura de la fe, por encima de todas.

Es notable que haya tenido que hacerse, en el caso del judaísmo, el milagro de las piedras que gritan cuando los seres humanos callan, pues ¿quién no sabe que el judaísmo dió a los hombres su mejor libro —el Antiguo Testamento—, su mejor ley —los diez mandamientos—, su mejor poesía —el salterio—, su mejor amor —el del prójimo y el del extranjero—, su mejor ritmo vital —el refrenado por el descanso sabático—, su mejor dios: Dios? ¿Y quién no sabe que el judaísmo fué siempre y sigue siendo el mejor sustrato de las culturas históricas, ya que perecieron o degeneraron de improviso, sin poder diluírse reposadamente, todas aquellas que arremetían contra él: la egipcia, la babilónica, la romana, la española, la alemana?

No obstante, puede que sea precisamente por ello que se haga caso omiso de los valores judaicos cada vez que se discute la importancia de las culturas principales, como la china, la egipcia, la griega, la romana, la islámica o la cristiana. Es posible que el peso de la obra judía sea demasiado grande para que el amigo de ella encuentre en sí el arrojo necesario para ponderarla y que, por tanto, la necesidad íntima de sobreestimar la eficiencia de su papel, por vía del envilecimiento y de la profanación, deba quedar reservada a su enemigo mortal. Pero hay más. La irreductible hostilidad no hubiera conseguido dejar tan bien ordenada

la jerarquía de la religiosidad como lo consiguió el nacionalsocialismo. El enemigo normal tiene siempre tanto de amigo, que nunca se desprende por completo de su caballerosidad y, menos aún, de su valor. Tan sólo la cobardía y la lascivia llevan en su seno, no ya el coraje, sino la insolencia suficiente para arrojarse sobre aquello que no puede defenderse, pues creen, a pesar de sus experiencias, que aquello no requiere defensa. Si el nacionalsocialismo hubiera contenido residuos ínfimos de aquel pudor que —según deseamos creer— impide a los amigos de los tan egregios valores del judaísmo aquilatarlos públicamente, no habría podido llevar a cabo su obra funesta, desde el punto de vista de la vida, fausta, desde el punto de vista de la verdad. Únicamente propulsando la humana abyección logró establecer con el judaísmo ese contacto inquebrantable que establece el perseguidor, aferrado en su saña, cuando acosa al perseguido con odiosa fidelidad. En última instancia no fué la hostilidad sino la perversidad del nacionalsocialismo lo que, por vez primera en la historia, consiguió que lo ajeno al judaísmo diera con el contenido mismo de la existencia judía.

Siempre fué difícil hacer justicia a la causa judaica; las causas de su mismo orden son tan distintas de ella que sólo la polarmente opuesta, la antijudía e inhumana, pudo, teniendo que hacerlo por fuerza, dedicarle su hostilmente aguzada comprensión. Se repite lo que se dijo en otros lugares: comprender es acusar, si no condenar. Sutilizando un poco resulta que la Inquisición del siglo XV y de los tres siglos subsiguientes —para su tiempo, el azote del judaísmo— era procatólica sin ser notablemente antijudía. No intentaba hacer daño a los judíos; ofreciéndoles la salud, no tomaba en cuenta el daño que supone la conversión. Pero al apartar de sí la idea del posible daño, reprimía también la del debido respeto; hacía caso omiso de la atención específica que requiere cada configuración religiosa. Los inquisidores no distinguían entre los moros, judíos, paganos y protestantes que eran conducidos o reconducidos, por los procedimientos del Santo Oficio, a la fe católica; les interesaba tan sólo hacer desaparecer a los no-católicos y poblar con católicos

el orbe. En este sentido el nacionalsocialismo actuaba análogamente. Pero en cuanto a los judíos, no sólo quedaban excluídos de la posibilidad de hacerse nacionalsocialistas: se les prohibía vivir y, como si esto fuera poco, se les permitía morir únicamente por tortura. El catolicismo canoniza y santifica a los mártires; el judaísmo fué santificado por la profanación suprema de que lo hizo mártir la Contra Inquisición. Rebajándolo como sabe rebajar a sus víctimas el irreductible antijudaísmo, consiguió vindicarlo como un vivero de la humana sublimidad.

Ahora bien, y por las mismas razones, el judaísmo puede sentirse por vez primera no ya victorioso, sino invicto, y la población de la tierra puede preocuparse, conscientemente y en común, por su devenir; este hecho, que significa algo nuevo en la historia y que se halla íntimamente relacionado con la gloriosa postración del judaísmo, es también una consecuencia de la erupción nacionalsocialista. Si la preocupación colectiva no consigue otra cosa, interrumpe, al menos, el silencio que amordazaba al universal sufrimiento anónimo. Por encima de esto se cree que aquellos esfuerzos religiosos que violó la perversa tendencia nacionalsocialista, puedan comparecer ante un examen de conciencia que una nueva introspección irá practicando.

Pero el que cuenta con la vindicación del judaísmo, llevada a cabo por la opinión universal, la teme casi más de lo que la desea. La teme tanto, por lo menos, como la interpretación que suele conferirse al término *pueblo elegido*. El pueblo judío es el pueblo menos libre de todos los pueblos encadenados. Como desciende —no por ficción mítica, sino históricamente— de la idea de Dios, ni siquiera puede obtener que Dios, infuso en la masa de su sangre, deje de circular por ella. Habiendo sido elegido para propulsar su ley divino-humana, no puede hacer ni más ni menos que esto. Si esto significa libertad, los judíos constituyen, naturalmente, el pueblo más libre de la tierra. Pero suponga o no libertad el tener que vivir el decálogo: mientras el decálogo derribado representa la causa nacionalsocialista, el decálogo vivido representa la judía. Huelga decir que el judaísmo sueña con una grandiosa vindi-

cación, ante la glosa errónea que aletea por el mundo, en vez de una definición perfilada, pero no la anhela por ambición, ni por vanidad, ni siquiera por instinto de conservación. Su posible ambición está premiada por su obra; su posible vanidad queda satisfecha por la reacción que produjo en el paganismo nacionalsocialista, así como por aquella otra que ese paganismo originó en la conciencia religiosa cristiana; en cuanto a su instinto de autoconservación, ha tenido la experiencia de que es expuesto vivir el decálogo. Le da lo mismo que el teólogo no judío llame al Antiguo Testamento las Sagradas Escrituras sin más, o que la nueva traducción de los Salmos al latín, hecha por los profesores del Instituto Pontificio Bíblico de Roma, no exalte el genio israelita; la Sinagoga no quiere ser universal; se contenta con ser divino-humana.

Lo que le importa al judaísmo es ser reconocido como el verdadero antagonista del nacionalsocialismo, como un contrario tan intransigente que a su lado cualquier otra tendencia política o religiosa quede en segundo término. Le importa hacer patente que si la Contra Inquisición no se dirigía exclusivamente contra él, disparaba sobre lo que él significa, y que si las fuerzas contrarias al nacionalsocialismo no se batían por él, luchaban por lo que él considera como el bien supremo. Le importa la certeza siguiente: mientras que no había espacio, a un tiempo, para el nacionalsocialismo y el catolicismo, con un judaísmo más poderoso, el nacionalsocialismo no hubiera podido surgir.

La dificultad concreta que se opone a la esperanza del judaísmo de quedar vindicado, consiste en que la comunidad judía del mundo es un pueblo sin ser una nación. El antijudaísmo puede colocar a los judíos al mismo nivel en que evolucionan los gitanos y los negros de América, que también forman poblaciones y tampoco poseen ninguna tierra de su propiedad. El orbe judaico son los judíos con su judaísmo; la tierra palestinense surge en los horizontes del pasado y del porvenir; en la actualidad no representa sino un fondo de color. La gente no descubre más que gente, sin ver ningún país; por tanto, es casi natural que le apetezca más formular los acostumbrados reproches del vecino que poner

en juego aquel relativo objetivismo que suele inspirarse en los múltiples aspectos que reviste la nación, sustrato de hazañas nacionales. En el judaísmo, por cierto, el individuo es infinitamente más responsable del comportamiento de su prójimo que en las colectividades nacionalmente organizadas; el judaísmo no se compone sino de semejantes, de espejismos de un solo individuo; ninguna culpa, ninguna virtud, ningún error, ningún acierto quedan respaldados por aquel anónimo paisaje estatal que poseen los que se mueven en su propio Estado, gobernados, amparados y vigilados por sus autoridades. Mas esto no quiere decir que cualquier extranjero pueda hacer responsable al pueblo judío por lo que hace o deja de hacer uno del pueblo, si no se quiere perpetuar la estulticia declarando que todos los judíos son banqueros ricos, o que todos son mercaderes trapaceros, o que todos son sucios, o que todos tienen un notable instinto de solidaridad.

¡Ah, si el silencio que reinaba hasta ayer alrededor de los valores judaicos hubiera sido inmaculado! No era siempre de admiración la mudez o taciturnidad que estaba cubriendo la gesta judía. El judaísmo no fué olvidado como aliado del universal cometido ético; se lo congeló en un silencio glacial producido por los más distintos intereses. Recientemente, el hielo va cediendo. Ciertos círculos intelectuales se empeñan en que los reconozcan como partidarios de la causa judía. Al parecer, suponen que puede llegar el instante en que la constelación judaísmo-nacionalsocialismo signifique ser o no ser.

Mas la existencia judía no es una creación de intelectuales para intelectuales, sino un permanente auto sacramental. El judaísmo desconoce hasta la teología; en el judaísmo, Dios es el inmutable don sagrado en torno del que giran los enigmas por explorar. La simpatía por el afán judaico que sienten algunas figuras de la ciencia, de la literatura y del arte no es sino resentimiento antiburgués, cierta emprendedora reacción dirigida contra la sociedad. En los judíos, la sociedad cristiana elevada ha ido acostumbrándose a ver unos forajidos bastante bien adaptados, por masoquismo, a su infelicidad, y en el judaísmo,

una tan atrevida como infecunda aventura espiritual. Parecemos reemplazar para ella, aunque muy deficientemente, la llorada "bohème". La protección que se nos confiere especula, como recompensa, con el regocijo, por estar amparando a los que, incluso entre los más desgraciados, figuran como unos pobres diablos. Por eso la caridad de los filosemitas resulta tan escalofriante.

Querer penetrar en los móviles y propósitos judíos con indumentaria intelectual no puede llevar a buen fin, porque el judaísmo es tanto la antigua cultura hebraico-israelita como la vida judía que circula a través de nuestra humanidad. Resulta tan inservible el desenfado de los arqueólogos como la hiperbólica alerta del vecindario. El discurso de la cultura judía no está interrumpido, como sucede con el de las demás culturas mediterráneas, y ni siquiera se encuentra tan alterado como el de la china. Al judaísmo no le hacía falta ir comprendiendo poco a poco el peligro que significaría para él y otros, en un momento dado, la Contra Inquisición; para la introspección judaica el nacionalsocialismo era el peligro por antonomasia mucho antes de que fuera nacionalsocialismo, antes de que fuera luteranismo prusianizado y antes de que fuera prusianismo simplemente. En la actualidad la mente judía recuerda que le fué dado estratificar en su tiempo —hace 3500 años— el Decálogo para hacer frente a quien se había propuesto su anulación. Desde el punto de vista de la concepción de todas las cosas, los judíos del siglo XX no son distintos de los que, en los siglos XI y X antes de Jesucristo, una vez superada la fase inicial de su órbita monoteísta, compusieron los salmos, esos *Divinos Poemas* que sirven de alas al Decálogo. Son los salmos del judío los que han ido acuñando al judío de los salmos. En última instancia, es la salmodia judaica la que se opone a la charanga nacionalsocialista, grito que excita el instinto de predominio y martizira el de sabiduría. Para el nacionalsocialista la salmodia judía es tan insoportable como la voz impía nacionalsocialista para el judío; en esta contienda se enfrentan la brutal desesperación producida por la impotencia religiosa con la esperanzada profecía.

La salmódica vida interior del judío tiene que resultar tanto más ajena a todo lo que se conoce cuanto que discurre arcanamente dentro de sus propias honduras: no se puede esperar de ninguna configuración humana, obligada a evolucionar en tiempos que aplaudieron al nacional-socialismo, que exhiba un goce íntimo de naturaleza preciosista. Aunque se trata de una reserva, no pertenece al orden mental; a nadie puede causar perjuicios. Es como si se meciese en *la almendra* del alma o ánima un canturreo semimonótono, semiangustiado, semiesperanzado: he aquí la voz del actuar judío. ¿Son los tres o cuatro mil años transcurridos desde los comienzos de su tribu los que ahí continúan murmurando? ¿Son los viejos textos los que va recordando ese sonámbulo? ¿Son las abúlicas tonadas pastoriles de Canaán las que no quieren acabar por diluirse? ¿Es la esperanza del Mesías o la esperanza simplemente? ¿Es la idea de Dios? ¿Es *un poco de todo?*

La vida interior del judío se parece al pudor de una persona tan pudorosa que no quiere pasar por lo que es. En esto tiene puntos de unión con el comportamiento de aquellas mentes que honran los valores judaicos mediante el silencio del respeto consumado. ¿Puede exteriorizarse satisfactoriamente el que aspira en su fuero íntimo el ozono, no ya de determinada obra genial, sino de los Divinos Poemas? ¿Pudieron los hombres esperar del judaísmo más de aquello que les dió? ¿Y pudo el judaísmo, luego de haber entregado su don, hacer otra cosa que esperar canturreando el salterio?

Con angustia, con inquietud y preocupación ardientes, el espectador observa que para todas esas sedes supremas —Iglesias, Academias y Capitolios— acostumbradas a interpretar en última instancia el fluir de la historia como ética en evolución, la hecatombe judía perpetrada por nuestro paganismo no expresa todavía claramente lo que el judaísmo se calla en la humildad de su sagrada altivez. No se tiene en cuenta que el judaísmo continúa. Luego de haber sido amoldado por las distintas ideologías a lo que más apetecía a cada una de ellas, parece aconsejable tenerlo por virtualmente barrido, máxime ahora que se ha vuelto

ínfimo el número de quienes lo sustentan. ¿Cómo es posible que la misma sociedad que recurre a hebraístas judíos para descifrar textos arcaicos no busque cerca de los judíos hebraístas los valores religiosos del manantial que le brindan, ya que no pocas ideologías jóvenes tratan de arrebatarle los que aún quedan en su poder? ¿No son voces hebreas las que ciñen la diadema, la diadema del *verbo*?

La abnegación y el fervor con que la arqueología y las ciencias afines desentierran los testimonios del pasado parecería hacernos creer que la muerte de las culturas suscita aflicción. Aún tomando en cuenta el cansancio que roe en él después de su notable peregrinaje, el judaísmo es el espécimen mejor conservado de las culturas cuyos albores se remontan a la antigüedad preclásica. Su esencia ética queda intacta. A juzgar por la pasión que se siente por lo histórico, cada vez que alguien concentra su atención en el hecho de que a su lado viven descendientes de Moisés, debería sentir también una emoción excepcional, sobre todo porque la cultura que esos ambulantes monumentos de la historia propulsan hizo lo que ninguna otra. Yahvé con su Ley sigue siendo el Dios-Padre de la cristiandad: de la muchedumbre católico-romana, de la evangélica, de la cristiana oriental. Incluyendo a los mahometanos, son aproximadamente 985 millones los seres que continúan reconociendo al Dios entronizado por el monoteísmo mosaico.

La experiencia biográfica de los hombres demuestra que si el judío hubiese desaparecido como desapareció el heleno antiguo, y Dios Padre Yahvé, como Zeus, ahora el judío y su Dios gozarían probablemente de la misma admiración que disfrutan la vieja Hélade y su deidad suma. La ausencia de imágenes en el judaísmo sería considerada, tal vez, como un aliciente metafísico.

No hay que engañarse: la gente culta, la que sabe de Dios y de Zeus, prefiere Zeus a Dios, no sólo porque Zeus no reina ya, sino también porque cuando reinaba era el patriarca y el prohombre de una egregia asamblea de dioses paganos. Hay inteligencias que mientras sirven a

Dios aman a Zeus —y no muy en secreto—, amando en Dios lo que la adorada efigie de Zeus donó a su configuración. La humanidad, en esencia, es tan pagana como lerda. En el alma humana vibra una oscura tendencia a identificar su deidad con el pasado de las culturas, con el último horizonte de la historia. Los hombres dispuestos a reconocer a Dios prefieren soñar con él a tener que rendirle cuentas. Los grandes hechos que se llevaron a cabo en el terreno monoteísta después de la diseminación de los judíos por el Occidente —la transmutación de Yahvé en Alá, la entronización de la Trinidad, la racionalización de Dios por el protestantismo— hacen patente que la idea *Dios*, donada e impuesta por el judaísmo a la inclinación pagana de la humanidad, resulta demasiado grave. Es posible que se hubiera perdonado a los judíos su pesada imposición si, después de consumarla, hubieran sido anonadados. Pero el mero hecho de que existan perpetúa también su obra.

El antijudaísmo histórico ha diseminado las partículas del pueblo judío por el mundo, de suerte que, en vez de formar una nación dentro de su Estado, el judaísmo es un sistema tendido sobre los continentes, sistema que ha quedado defectuoso después de la Contra Inquisición. Hay mucho más judíos de lo que creen aquellos que pretenden resolver el problema judío ignorándolo, y mucho menos de lo que pretenden hacer creer aquellos otros que ven en ese judaísmo de los salmos un chivo emisario para su propia expiación. El número de los judíos sobrevivientes —será de diez millones, más o menos— no tiene importancia sino para los judíos mismos y para aquellos gobernantes que estén sinceramente dispuestos a conferirles derecho a la vida. Para los demás, lo que importa es la forma de diáspora en que salen a su encuentro. Ésta hace que los judíos desempeñen el papel de algo así como guardianes de una tan vetusta y tan vigorosa como trascendente tradición, que tiende a derramar un salmódico sentido religioso sobre la humana trivialidad. En la mayoría de los casos esta tendencia es tan poco consciente como la tendencia pagana encerrada en el anónimo

comportamiento trivial con que se enfrenta. Pero, sin darse cuenta de ello acusadamente, ésta se halla ya cogida en una red de aborigen judaico. No puede escaparse del laberinto trazado por el Dios monoteísta que el judaísmo ideó, en medio de una seguridad idólatra aparentemente indestructible, por el Decálogo que había ido sobrepujando la notable legislación babilónica, por el reposo sabático, panacea judía para mitigar el ciego afán de la agitación, por el amor al extranjero, pregonado por el judaísmo cuando todavía el extranjero era para las demás culturas un deleznable forajido. En cuanto a esta última imposición judía, representa el fundamento principal que desembocará el día de mañana en la estructuración de una humanidad ecuménica.

Lo que menos importa en esa red es, probablemente, el reconocimiento de Dios. Pesa poco lo que los hombres piensen sobre Dios, porque Él, que según la interpretación judía es quién es, permite incluso que se le abandone con tal que se siga su ley. La población de la tierra no cumple, siquiera, con el aligeramiento condicionado. Como es natural, en esto los judíos no representan ninguna anomalía; prefiero no saber cuántos habrían servido al nacionalsocialismo si se los hubiera dejado entrar en él. No pudiendo ser ni peores ni mejores que los no-judíos, nos queda reservada la necesidad de ser quienes somos, a imagen de la deidad.

No se desobedece la Ley porque no se quiera acatarla, sino porque no se puede. La recóndita esperanza religiosa que vibra detrás de los instintos paganos —dejándose dominar por ellos, porque la esperanza carece de ilusiones— está más insatisfecha y más nostálgica de lo que estaba antes de 1870 y de 1914, cuando el pre-nacionalsocialismo intentó por primera y segunda vez suplir con un militarismo —aún no plenamente pagano, pero sí religiosamente estéril— lo que ya entonces ningún manantial de la religiosidad pública generó.

Todo el mundo —los judíos no excluídos— registra, a veces tembloroso de espectativa, las actitudes, las actividades y las reacciones del Vaticano. Por cierto, el catolicismo es fuerte, pero el catolicismo de

los católicos no lo es. El Vaticano no pudo acudir en auxilio de los judíos porque los católicos no apoyaban al Vaticano. En las filas del judaísmo pululaban la tortura y la muerte, pero en las filas del catolicismo roía la duda. Tambaleaba la suma autoridad religiosa de la tierra, la roca del monoteísmo, la maestranza apostólico-romana. El espectador respiraba aire de catacumbas, porque las persecuciones llevadas a cabo en los primeros siglos del cristianismo habían vuelto a reproducirse. El peligro que corrió la catolicidad fué enorme y, desde luego, de orden mortal. Por poco la Iglesia se encontró en la situación en que había sido colocado San Pedro: la de tener que hacer frente a un viejo fin y un nuevo comienzo.

Ahora bien, el judaísmo no puede guardar rencor al nacionalsocialismo, porque no puede reaccionar dentro del círculo estrecho de los sentimientos seglares. Por otra parte, el nacionalsocialismo es culpable de la Contra Inquisición sin ser responsable de ella. Cuando la humanidad recurre al paganismo y su libido guerrera, no lo hace sino después de haber sido ahuyentada al pedir justicia.

La responsabilidad de la extirpación de seis millones de judíos por procedimientos nacionalsocialistas y, en general, de la infelicidad que se arrojó sobre las vidas y el bien heredado del siglo XX, tiene que asumirla aquella conciencia que es aún más roma que la del nacionalsocialismo. Mientras que ésta se había propuesto exterminar a los judíos para hacer desaparecer el judaísmo, raíz de todo lo cristiano, aquélla no vacila en evolucionar sin raíces y en hacer como si no las necesitase. Mientras que la conciencia nacionalsocialista sintió que no podría implantar sus principios del señorío arbitrario, de la violencia total, de la verdad dirigida, de la sangre única, de la irreligiosidad, hasta que cesase de circular a través de la cognición universal el sentido judaico de la justicia, que rechaza la simple justicia tildándola de venganza, la otra conciencia registra el aleteo y vaivén de ese sentido, pero lo registra sin querer darse cuenta de ello.

MÁXIMO JOSÉ KAHN

EL VALLE AZUL

El torrente de piedra corre hacia el septentrión
y deja largos flecos de espuma rosada
en los repliegues de su cólera, pero
se ve cómo de súbito aparece a su vera
un remanso, una especie de escudo solar
donde una vida límpida y vetusta espejea
como esos arroyuelos que pasan murmurando
bajo umbrosos ramajes.

En ese alrededor
las columnas de pórfido forman un despejado,
vasto hemiciclo; al fondo se reclina
el valle azul. Allí, durante el día,
el viento sopla un cuerno bruñido de sol
a cuyo son se rizan las aguas y las vegas
donde —como en bucólicas estampas—
bueyes y cabras pacen rodeados de mariposas
que vagan agitando sus tenues atavíos
entre las artemisas.

Por las noches la luna
posa su leve pie sobre las viejas graderías,
y el valle esplende entonces como una joya olvidada.
Como dioses dormidos
reposan las montañas, de los cálices mana
un néctar que sólo beben los amantes y los leones,
sus bocas imperiosas, oh, y un ala de seda
mueve apenas las hojas de la susurrante alameda.

A qué decir ahora
las horas que viví con esas gentes,
con los animales siempre tan solitarios
del campo, con las flores de labios bermejos
como los de esas niñas que llevan sus cántaros
al río; a qué decir lo que hoy es un perfume,
una perdida música de mi niñez,
cuando por las tardes
oía el canto agreste y melodioso del rey del bosque
que suspende su nido como la oropéndola
de las más altas ramas.

LAS HOGUERAS

Los hombres de mi tierra realizan por el día
duras labores y al anochecer
encienden unas matas secas,
unos troncos roídos y nudosos como sus manos.

En la hora serenísima
florecen las hogueras
y sus ensortijadas cabelleras rojizas
flotan en la esfumada lejanía del monte,
y a medida que el límite de añil se oscurece
asumen la figura de incandescentes zarzas
o de hiedras purpúreas que aprisionan
un tenebroso muro.

En la noche salvaje
brillan como sortijas a cuyo alrededor
descansan los pastores, los mineros
de tez cobriza, plácidos labriegos;
y esos hombres errantes que en el semblante llevan

acumulados todos los repliegues
de la montaña saben el secreto
de dorar en las brasas un fragante manojo
de carne — un recental o un ijar de ternero,
mientras el fuego torna más grave la quietud.

Alguien vela después en el sopor nocturno,
de pie como un soldado a la orilla del sueño,
custodiando la paz del campamento
de donde por momentos se desprende un mugido,
un roce de pezuñas en las piedras,
el chasquido de un leño que se quiebra
en el ojo de cíclope que oscila y humea
poblando de titánicas vislumbres
la oscuridad.

El marsupial entonces
huye a las madrigueras arrastrando su saco
de tela gris, y el puma que suele merodear
por los alrededores abandona
su señorío y vuelve medroso a la espesura
como un rey primitivo que plegara su túnica.

A la distancia, lejos, las he visto brillar
como incrustadas en el seno mismo
de las rocas, y quedan sus estrías

de tal modo grabadas en el lóbrego
pabellón de la noche que parecen
esos viejos tatuajes con que los habitantes
de un reino elemental adornaban el bronce
de su piel: rojos signos de una escritura arcaica,
inscripción indeleble que una raza
idólatra y sufriente
labró como homenaje de su sangre
a un dios inmemorial.

Alguna vez también he acercado mi rostro
al ardor de esa lumbre; alguna vez
he tejido con ramas de resinosa brea,
con arbustillos secos de la sierra,
una guirnalda crepitante, un círculo
de grandes palmas, cálido y sonoro,
a cuyo resplandor he sentido vivir
una edad olvidada, un tiempo tan antiguo
como el terror, surcado por oscuras deidades;
el corazón de un mundo cada vez más lejano
que late allá, perdido entre las breñas
del oeste natal.

CÉSAR ROSALES

NOTAS

Libros

NOVELA, POESÍA

ADOLFO BIOY CASARES: *Plan de evasión* (Emecé, Buenos Aires, 1945). —

Esta novela pertenece, por cierto, al mismo autor de *La invención de Morel.* En ella reaparecen elementos específicos: la sabiduría en la construcción novelística; el estilo deliberadamente seco, elíptico, informe; la poesía y la ternura pudorosas, ocultas; la sátira en la descripción de situaciones y personajes que, como una suave resonancia, trae a veces el recuerdo del ruidoso humorismo de Bustos Domeq; el tema fantástico, en esta novela más alucinante; el gusto por las islas, no casual, porque una isla es el lugar más adecuado para construir pieza por pieza otra realidad y, sobre todo, porque estas islas de Bioy son físicas y metafísicas, rodeadas por mares que también pueden considerarse aisladores filosóficos de dos universos: uno real y otro posible; la aparición de centroamericanos y presos o perseguidos; la curiosa inclinación por inventores cuyos apellidos terminan en *el;* el relato de los increíbles sucesos por un hombre ajeno al mecanismo; el uso de diarios, cartas a terceros o notas de editores; el enigma de pesadilla con explicación a término, porque los enigmas de Bioy son necesarios pero momentáneos, vinculados a una clave racional y última.

Quizá, sin incurrir en infidencias reveladoras, se pueda agregar una semejanza más: en ambas novelas, el autor profesa una concepción empirista del universo, inglesa, referida en primer término a William James y, más remotamente, a Hume y Berkeley. El aparato de Morel captaba y grababa todas las apariencias de un objeto; luego el proyector reproducía el objeto en el espacio y en el tiempo,

en su totalidad aparente (o en su *totalidad*, si nos ponemos en la posición de Morel y sus asesores filosóficos). En *Plan de evasión* también rige esta concepción de la realidad.

Me parece mejor no decir nada más sobre la invención de Castel, fuera de que es filosóficamente posible, físicamente imperfecta y humanamente espantosa. El teniente Nevers llega a la isla obsesionado por su amor, por una presunta venganza familiar, por unas poco explicadas salinas, y por sus recuerdos de café, en París. Como un hombre abandonado en una selva oscura, oye ruidos incomprensibles; poco a poco ve o cree ver contornos de hombres y monstruos; camina a tientas; elabora dos o tres teorías de lo que sucede en ese mundo extraño y esboza un plan de liberación; vive, en fin, a la espera de dos o tres posibilidades, algunas horribles. Pero cuando la luz final ilumina ese mundo con plenitud, ve que la verdad era infinitamente más fantástica y asqueante que todo lo que había imaginado.

Parecía imposible que Bioy Casares repitiera el milagro de *La invención de Morel* y hasta parecía mejor que no escribiese más, viviendo de la renta de ese capital puro y quizá inagotable. No obstante, esta novela es, en muchos aspectos, superior a la primera, a pesar de algunas fallas en el sistema físico.

La lectura de esta novela no es fácil; hay dificultades que no se pueden evitar, por la misma razón que son alegres títulos como "El japonés en quince días" o "La relatividad al alcance del hombre de campo"; pero hay otras dificultades que sí podrían haberse evitado: Bioy Casares confía demasiado en la inteligencia del lector, en su laboriosidad para la reconstrucción y en sus condiciones para la elipsis; este optimismo es peligroso en un tipo de novela donde la angustia por conocer el secreto final arrastra al lector a una velocidad poco propicia al análisis; sutiles y sabios espectáculos —epítetos justísimos, reflexiones— quedan así vislumbrados al borde del camino por donde corremos en automóvil, en demanda de un secreto infernal. Bioy Casares sería más eficiente si concediera un poco menos al sobreentendido, cosa fácil para quien, como él, no cree en la aburrida doctrina de que la buena literatura es fatalmente minoritaria y a la inversa. Sus extraordinarias novelas tienen el derecho de conquistar la gran fama y el gran público y, por eso, debe contemplar este problema de forma.

Pretendo hacer un vaticinio: Bioy Casares es sentimental y romántico, aunque

lucha por ocultarlo (y está muy bien que luche por ocultarlo); sus novelas se acercarán cada vez más a la condición humana, sus invenciones se mezclarán cada vez más con las miserias y las esperanzas de estos pobres seres que viven y sufren en un mundo terrible. Esta segunda novela es, por eso, más dramática, menos ascética y aséptica, más trágica que la primera. Señala, sin duda, un tránsito inevitable desde la Máquina hacia el Hombre.

ERNESTO SÁBATO

Églogas y fábulas castellanas. Selección y prólogo de RAFAEL ALBERTI; 1er. tomo, siglos XVI y XVII; 2º tomo, siglos XVII a XIX (Editorial Pleamar, Buenos Aires, 1944). —

Rafael Alberti ha reunido en estos dos tomos las mejores églogas y fábulas de la lengua castellana, desde el siglo XVI hasta el XIX. De noble y larga tradición dentro de la literatura española, el origen de ambos géneros está en la poesía grecolatina. Cuando Virgilio compuso poemas bucólicos a la manera de Teócrito, eligió los mejores, por lo que se llamaron *églogas*, es decir, piezas escogidas. Desde entonces el término perdió su sentido general para limitarse a indicar la índole de poesía de que Virgilio hizo selección. Y en cuanto a la fábula, es, en uno de sus múltiples sentidos —el que interesa a esta compilación—, el relato de un episodio de la mitología griega. Con el tiempo, se inventan también fábulas netamente españolas cuyos personajes no son ya los tradicionalmente helénicos sino que pertenecen al paisaje de aquella tierra, como el dios Genil de Pedro de Espinosa y el dios Betis del duque de Rivas. En su desarrollo poético, por lo demás, la fábula y la égloga se parecen. Los personajes son los mismos: dioses, pastores y pastoras; también el decorado: bosques, ríos, arroyuelos, flores; y el asunto, siempre erótico: poesía bucólica, en suma. Por todo ello es cabalmente compatible la convergencia antológica de estos dos géneros.

Comienza Rafael Alberti su trabajo con una interesante, poética e informativa digresión sobre los lugares y los personajes cantados, su ubicación geográfica y correspondencias literarias. Sigue con unas palabras sobre el criterio adop-

tado para la excogitación: figuran sólo los poemas en versos de arte mayor y exclusivamente líricos; se revalorizan algunos poetas considerados de segundo orden, y muy especialmente Pedro Soto de Rojas, alabado ya, en esta época, por García Lorca. Luego, una breve referencia bibliográfica, textos, puntuación... Se consigue de esta manera una visión detallada y total.

La excerpta en sí arranca del Renacimiento, instante propicio por excelencia para el auge de las formas líricas enfocadas. La vida es hermosa y el hombre, fuerte, dominador, ha de gustarla en su plenitud. Se canta exaltadamente la hermosura de la naturaleza y la mujer, idealizadas a la manera platónica. Y el poeta acomete esta tarea en posesión ya de todos los resortes de la lengua y de la técnica. Bien empieza, pues, esta antología al hacerlo con Garcilaso, prototipo del poeta renacentista, cuya obra transcurre casi toda en praderas pobladas por esquivas y quejosos.

A medida que avanzamos en la lectura asistimos a la evolución del verso hacia el barroquismo, partiendo de Garcilaso y estableciéndose en Herrera el punto de transición. Égloga y fábula se compadecen magníficamente con el nuevo estilo, en que un mínimo de tema es el pretexto para las más recargadas, minuciosas, ingeniosas descripciones. Es ahora Góngora el arquetipo de la época, y la *Fábula de Polifemo y Galatea* el mejor ejemplo de bucolismo barroco.

Llégase al siglo XVIII: decaen la originalidad y fuerza de los temas pastoriles; se esboza ya un nuevo sentido de la naturaleza y una nueva posición del hombre frente a ella. El tema bucólico se va transformando hasta desaparecer ante el avance del romanticismo: el pastor se convierte en el hombre natural de Rousseau y los jardines rococó en los salvajes bosques de Chateaubriand. Por esto sólo se recoge una composición del siglo XIX: *Adelfa*, del duque de Rivas, cuya poesía tanto debe aún a los clásicos. Con lo que terminan las églogas y fábulas.

Prestan variedad al libro las reproducciones de cuadros célebres, casi siempre complementariamente evocadores y redondeadores del sentido estético cuya exposición se persigue. Por fin, con un sentido dinámico y actualizador, se ha precedido la obra de cada poeta con la alabanza que de él hace otro, mezclando los antiguos con los modernísimos (Miguel Hernández, Neruda, Molinari), criterio este último que también prima en la selección de las láminas. Plausible iniciativa que deja muy bien paradas la perennidad del arte y la afinidad espiritual de sus héroes a través de los tiempos.

Esta edición es, por otra parte, eso mismo: una edición. Lo mejor que pueden dar disciplinas tan dispares pero tan concurrentes en la belleza como la poesía, la pintura, la tipografía, la encuadernación, se aúnan para regalar a la inteligencia, a la sensibilidad, a los ojos, a los dedos, esta maravilla que es una hermosa edición. Es preciso, pues, concentrar el elogio final en el buen gusto (en su sentido más literario) de Rafael Alberti, que dirige la colección *Mirto* a que pertenecen estos volúmenes, y de la editorial Pleamar, y agradecer estos dos tomos que no desentonarían en un jardín renacentista, entre las manos cuidadas de un *cortegiano*.

CÉSAR FERNÁNDEZ MORENO

POLÍTICA, FILOSOFÍA

BERNARD SHAW: *Everybody's Political What's What?* (London, *Constable*, 1944).—

En su peor libro —*The Thing*— Chesterton cita juntos a Henrik Ibsen, Thomas Hardy y Bernard Shaw como tipos de mentalidad moderna. De los tres creo que Shaw fué el único que logró conmoverlo de veras.

Ibsen dramatizó su acongojada sospecha de que la existencia es puro fracaso: en algún lado hay un Dios tremendo, pero los hombres no podemos servirlo porque no comprendemos sus voces.

El católico Chesterton no debió conmoverse ante esa teología pesimista.

Hardy noveló su visión de la existencia, no como fracaso, sino como puro azar: nada tiene sentido y es la desdicha lo que revela el gran vacío.

Tampoco el católico Chesterton debió conmoverse ante esa fe en el Caos.

Pero en cambio la concepción religiosa de Shaw debió parecerle afirmativa, congruente, lúcida, sistemática, eficaz y peligrosamente herética. No pienso en lo que escribió Chesterton sobre Shaw —y escribió mucho— sino más bien en los choques íntimos que debió sufrir al leerlo, sobre todo cuando su conversión al catolicismo lo obligó a ponerse a la defensiva.

A quien crea en la *Summa Theologica* de Santo Tomás, tanto Ibsen como

Hardy han de resultarles meros poetas angustiados: Shaw sí que es el temible, porque también es autor de una *Summa*.

La *Summa* de Shaw tiene una teología —que es su creencia en un Dios que va haciéndose consciente de sí mismo a medida que la vida crea formas de mayor espiritualidad— y es esa teología la que promueve sus ágiles enfoques de los problemas filosóficos, científicos, sociales, políticos, económicos, morales, religiosos y artísticos que analiza en su teatro y en sus ensayos.

Muchos de sus ensayos tienen un carácter sistemático: y la verdadera dificultad de los expositores de Shaw consiste en que ya no tienen nada que decir, pues el mismo Shaw lo dijo todo brillantemente. A veces escribió tratados constructivos: por ejemplo, *The intelligent woman's guide to Socialism, Capitalism, Comunism and Fascism.* Y ahora, a los 88 años, nos da otra rica y ordenada síntesis de su pensamiento: *Everybody's Political What's What?*

Cuando dije que los creyentes en la *Summa* de Santo Tomás se sentirían preocupados por la difusión de esta otra *Summa* de Shaw fué por el radicalismo asombroso con que aquí se critican las bases de nuestra civilización: el cristianismo, la propiedad privada, el parlamentarismo, la familia, la educación humanista, etc. No conozco ningún autor que, con una metafísica y una política entusiasmadamente optimistas, haya ido tan lejos como Shaw en su ataque a los valores, ideales, costumbres e instituciones de Occidente. Swift fué feroz, pero ¡vaya la gracia! él no creía en el hombre —"I hate and detest that animal called man"—, no creía en la vida y probablemente no creía en Dios, a pesar de ser sacerdote. El nihilismo a lo Swift no es una fuerza crítica arremetedora: es más bien una misantropía lírica.

La corrosividad de Shaw no es amarga, no es desesperada, no es resentida. Al contrario: tiene la alegría de un deporte al aire libre. Para comprender su irreverencia acaso debamos tener en cuenta que escribió en un período excepcional en la historia europea. Sólo un escritor de fin de siglo pudo abandonarse tan apasionadamente al frenesí de la originalidad, de la polémica, de la paradoja y del escándalo; sólo un ciudadano de la liberal Inglaterra pudo gozar de las suficientes garantías políticas para expresarse así. El ideal artístico de una total y agresiva sinceridad y las garantías del liberalismo político fueron circunstancias históricas que le permitieron a Shaw desplegar la fuerza de su genio. En otras épocas y en otros países hombres de pensamiento audaz tuvieron que disimular

sus opiniones y ceder a mil hipocresías, no digo por miedo a la brutal inquisición de la Iglesia o del Estado, sino por miedo aun a la maledicencia de las vecinas. Lo normal ha sido siempre la hipocresía del intelectual, su miedo y su retraimiento; lo anormal es el desenfado de Shaw y de su generación. Y el enigma político que nos desconcierta desde que el totalitarismo empezó a dominar en Europa es el de si en adelante será posible que surja otro Shaw impetuoso, iconoclasta y revolucionario o si la vida intelectual volverá al tono cauto que tuvo desde Sócrates.

Por eso las últimas líneas de este *Qué es qué* me han entristecido tanto. Después de resumirnos su concepción de la vida Shaw termina así: "...he criticado cuanto fuí capaz. El resto debo dejarlo a quienes sean mejores que yo. En lo que se refiere al futuro, que comienza este año 1944... (*para ser continuado por quienes puedan*)".

Estas líneas truncas me han dado la impresión de un testamento. No sólo el testamento de un anciano que es la conciencia más ejemplar de nuestra época, sino quizá el testamento de toda una época liberal.

Al hablar de una "época liberal" no me refiero al liberalismo económico, que defendió los derechos del capital privado a abusar de su poder sin control del Estado, sino al liberalismo moral, que afirmó la libertad creadora de la persona como supremo valor. Aunque ambos liberalismos se dieron juntos, es fácil distinguir entre las aparentes libertades intelectuales que nos ha consentido la anarquía plutocrática —la libertad de escribir pornografías, por ejemplo— y las libertades esenciales que tenemos que conquistar todos los días en brava lucha contra obispos, ministros de Estado, demagogos y chusmas. Shaw, que es comunista y, por lo tanto, reclama una planificación de toda la vida social —incluída la enseñanza y aun el arte—, sin embargo continúa el auténtico liberalismo moral del siglo XIX. Ni siquiera es demócrata: él cree que el gobierno debe ser una función de minorías especialmente aptas; él cree que la fuente de toda evolución es siempre la conciencia inspirada de la persona libre.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

VÍCTOR BROCHARD: *Los escépticos griegos.* Traducción de Vicente Quintero. (Losada, Buenos Aires, 1945).—

Elegancia estilística, dialéctica persuasiva y rigor científico: he aquí las notas que definen este libro admirable de Brochard. La hondura y la gracia, esclarecidas virtudes del espíritu francés, se reúnen para darnos con él una de las joyas más estimables de la literatura filosófica de todos los tiempos. Hay que agregar todavía a las cualidades señaladas el asunto mismo de la obra, que encierra una dimensión poco conocida mas no por ello menos valiosa y fecunda del pensamiento griego. La historia del escepticismo helénico comprende un vasto período y de su itinerario egregio emergen cumbres mentales que pueden colocarse dignamente a la par de los nombres luminosos de la filosofía antigua. (Carnéades, dice Brochard, "fué un poderoso espíritu. Desde Aristóteles hasta Plotino, Grecia no lo tuvo más grande"). En el mismo sentido, piénsese que Cicerón nutre su inteligencia de las enseñanzas de la Academia Nueva y que la actitud intelectual del escepticismo designa una categoría eterna —e inmanente— de la condición humana.

Podemos afirmar sin vacilaciones que el escepticismo es una forma natural del pensamiento. Pero si se mira con intención generosa, constituye también un supuesto permanente de la inteligencia. La duda, no la sistemática, que puede llegar al aniquilamiento de todo esfuerzo cognoscitivo —y de la ciencia, por lo tanto—, sino la otra, la verdadera, la constructiva, la que va siempre unida al espíritu de investigación, es metódica, instrumental o creadora según sea el fin esencial que le asignemos en las funciones del conocimiento. La duda pirrónica es distinta de la duda cartesiana: la primera funda un sistema filosófico, la segunda un método o legitima un punto de partida en el filosofar. Y si es así como categoría lógica, como categoría histórica sirve para caracterizar aquellas épocas de transición o decadencia en las que el hombre apela a un ideal de salvación que coloca por encima de las posibilidades racionales del entendimiento. Pero la duda, si bien traduce una actitud escéptica, no quiere decir que sea el escepticismo mismo. Brochard lo destaca con claridad. Define el escepticismo en términos inequívocos y aclara su sentido fehacientemente al concebirlo como la forma espiritual de una determinada visión del mundo y de la vida. "El uso

de la lengua —escribe—, autoriza quizá a emplear la palabra *escepticismo* para designar el estado de un espíritu, no solamente que duda, sino que duda de intento, por razones generales científicamente determinadas. No es ésta todavía su significación verdadera y definitiva; pues, según ésto, ¿qué filósofo no sería un escéptico? La filosofía, en tanto se distingue del sentido común y se eleva por encima de éste, siempre pone en duda algunas de sus maneras de ver, recusa algunas de sus razones de creer; en cierto sentido, hay escepticismo en toda filosofía. El verdadero escéptico no es el que duda de intento y reflexiona sobre su duda; no es siquiera el que no cree en nada y afirma que nada es verdadero, otra significación de la palabra que ha dado lugar a muchos equívocos: el verdadero escéptico es el que de intento y por razones generales duda de todo, excepto de los fenómenos, y se contenta con la duda".

En el alba del pensamiento occidental aparecen los rasgos decisivos que habrán de insinuarse en el escepticismo posterior. Son los rasgos del escepticismo en potencia, especie de balbuceo dialéctico pero con todos los signos que dejan entrever el desarrollo subsiguiente. Los hallamos en los primeros filósofos de Grecia como "reflexiones sobre los límites y las dificultades de la ciencia". Asumen ya un carácter influyente, hasta promover la dirección espiritual del escepticismo, en los eleatas y la sofística. En aquéllos, no obstante su dogmatismo, al plantear por primera vez la oposición evidente que existe entre la sensibilidad y la inteligencia; también por su invención de la dialéctica, que será un arma implacable en la argumentación escéptica. En ésta, en cuanto sus corifeos se aplican a demostrar, siguiendo fines utilitarios, la verdad contenida en el principio de que "nada es verdadero". Hay, sin embargo, una diferencia fundamental. Brochard la señala: "los escépticos son filósofos; los sofistas son charlatanes". Los sofistas no se interesan por la explicación del mundo, sino por su actuación en él; no les atraen los principios en sí mismos sino la utilidad que ellos pueden reportarles. En su retórica copiosa, la duda es siempre un medio, nunca un fin. Son escépticos en la medida en que el escepticismo contribuye a justificar y desarrollar su credo iconoclasta. Su ambiente propicio no es el gabinete: es la calle, la plaza pública, amplio escenario donde difunden sus ideas y enseñan a sus discípulos a ser diestros en el manejo de la dialéctica. Su genio pragmático no es compatible con la soledad, pero sí con el ancho rumor de la vida cotidiana de la *Polis*. Son revolucionarios ideológicos —signo

éste de grandeza innegable— y su prestigio descansa en el éxito material y la persuasión polémica. Son retóricos, y como practican una *erística* indiferente en la investigación de la certeza objetiva, se convierten en depositarios de la mordaz ironía de Aristófanes: "charlatanes de vaciedades sublimes". Para Brochard, la sofística se parece al escepticismo como el bosquejo a la obra acabada, como la figura del niño a la del hombre hecho. Los escépticos combaten el dogmatismo, son metódicos y ordenados, sufren la angustia de la verdad y no renuncian a ella, pues admiten una certidumbre práctica, opuesta a la teórica que consideran inalcanzable. En ellos la duda es un fin. Y si los "sofistas son hombres hábiles, Pirrón será un filósofo".

El estudio que Brochard dedica a las doctrinas de los representantes principales de la escuela escéptica —exhaustivo, original y profundo— constituye la médula del libro. No podemos, dada la extensión de esta nota, analizar las líneas esenciales en que reposan sus convicciones. Vamos, eso sí, a detenernos en dos aspectos de la obra que a nuestro entender revisten una significación capital: desarrollo del escepticismo en Grecia y actualidad del libro de Brochard.

Todo ciclo histórico del espíritu conduce fatalmente al escepticismo. Tiene razón Brochard cuando hace evidente este hecho en la historia del pensamiento filosófico griego. Todas las escuelas, dice, han concluído ahí. Hay notas y rasgos en las ideas anteriores al escepticismo que preanuncian su nacimiento. No son aún el sistema pero sí el germen o, si se quiere, la dirección en potencia de una nueva manera del pensar filosófico. ¿Las causas de este fenómeno? Sin duda, aparte de los acontecimientos exteriores, la fatiga de la inteligencia ante la multitud de sus productos históricos y la diversidad, oposición y contradicciones de los sistemas.

Las épocas de transición, como la nuestra, son épocas de gran desasosiego interior, de general descontento, torturadas por enormes dificultades y confusiones. De ahí que en tales épocas cunda el escepticismo, brote en las almas la nostalgia de una edad más bella y se imponga en los menesteres de la vida un criterio pragmático y realista. De ahí que los problemas sociales, políticos y económicos adquieran supremacía, que el arte se torne accesible a las urgencias materiales y que la meditación filosófica se oriente, de modo esencial, hacia el objeto de la ética, es decir, hacia la conducta humana, hacia el hombre como voluntad concreta. De ahí, por fin, que el espacio de tiempo llamado helenístico

sea un espacio histórico trabajado por el pesimismo y que el sistema de Plotino represente el último y admirable intento, aunque frustrado, del genio griego para detener el avance del cristianismo. Y como nuestro tiempo revela muchas aproximaciones de sentido con aquel de fisonomía alejandrina, es que nos permitimos señalar la actualidad del libro de Brochard. Jamás, en la historia de la humanidad, el hombre descendió moralmente tanto como en los días que vivimos. Está justificado, pues, que una ola inmensa de incredulidad envuelva a los espíritus y estimule peligrosamente la resignación. Hoy, como entonces, una filosofía escéptica, con su predominante preocupación moral, se constituye en índice plenario de una forma de vida caótica pero de grandes posibilidades históricas.

SANTIAGO MONTSERRAT

ARTES PLÁSTICAS

JORGE ROMERO BREST: *Historia de las Artes Plásticas* — Tomo I: *Introducción.* Tomo II: *La Pintura* (Editorial Poseidón, Buenos Aires, 1945). —

En la *Introducción a la Historia de las Artes Plásticas,* el primer tomo de la obra, descansa el resto de la labor de Romero Brest. En ella se perfilan con rasgos precisos las serenas reflexiones del historiador ante los distintos problemas teóricos del arte, a los que Jorge Romero Brest presta meditada atención. La suficiente para despertar o afirmar en el lector una inquietud sin la cual no entendería después el desarrollo histórico.

El plan de exposición del tema, anunciado en el primer tomo y confirmado en el segundo, es otro punto esencial. Al estudiar separadamente cada una de las artes, Romero Brest presta una beneficiosa ayuda al lector, pues le permite apoderarse más fácilmente del mundo intransferible de cada una de ellas. Ciertas historias, por estudiar simultáneamente todas las artes —incluídas las cuestiones problemáticas, que aquí se abordan en la *Introducción*—, producen en quienes las consultan un desconcierto que sólo el tiempo logrará borrar penosamente, si insisten en la afición. Por eso me parece mejor método el seguido

por Romero Brest, sobre todo teniendo en cuenta que no utiliza esa licencia para llenar las páginas con farragosa erudición, pues, salvo en los oportunos y colmados índices finales, se limita a los nombres claves con los que traza el panorama justo de épocas y escuelas. A nuestro entender, además, la virtud principal de Romero Brest es que en ambos volúmenes —y se comprende que respetará en toda la obra esta norma— hace recordar al lector, sagazmente, la presencia del misterio cuya Historia está siguiendo, sin permitirle amodorrarse en descripciones o anécdotas de más o menos importancia. Ejemplo de este cuidado —con uno solo basta para esta breve noticia— es el sutil estudio dedicado a Ingres-Delacroix, dúo difícil en el que se ponen a prueba tantas cosas.

Esperamos la pronta aparición de los tomos III, IV y V sobre la Arquitectura y Escultura, las Artes Derivadas y las Artes Plásticas Contemporáneas. Con ellos podremos valorar el esfuerzo total —que ya en estos dos tomos es apreciable— y la unidad de conjunto que sólo puede advertirse estudiando la posición de Romero Brest frente a cada uno de los grandes ejes del tema. Su ya larga y reconocida experiencia de profesor de la materia y de crítico del arte actual son garantía de que la obra completa será una de las fuentes de estudio más valiosas de que se dispondrá en castellano para el estudio de la Historia de las Artes Plásticas.

Ambos volúmenes están pulcramente presentados por la Editorial Poseidón. Tiene el primero ocho ilustraciones en color y noventa y dos en negro, y el segundo ocho en color y ciento catorce en negro. La acertada selección de las mismas y su excelente reproducción ilustran eficazmente el riguroso proceso didáctico que ha seguido Romero Brest.

LORENZO VARELA

Música

ROBERTO GARCÍA MORILLO Y EL ESTRENO DE "HARRILD" [1]

Comenzamos con este artículo una serie de estudios dedicados a los compositores de la moderna escuela musical argentina. Aprovecharemos el estreno de una obra de envergadura y representativa de la manera del compositor para ampliar la crónica correspondiente con una reseña biográfica y una enumeración analítica de su producción. No existen en nuestro país estudios de esta naturaleza, que no sólo tienen un fin informativo sino que en el futuro pueden ser provechosos como antecedente bibliográfico. Sin entrar en el análisis puramente musical, procuraremos en cada artículo dar un panorama de la labor realizada por el compositor, objeto de nuestro estudio, destacando las diversas maneras de su evolución y su posición estética dentro de la música argentina.

Roberto García Morillo, uno de los compositores jóvenes más representativos de la Argentina, nació en Buenos Aires el 22 de enero de 1911. En 1921 comenzó sus estudios en la Escuela Argentina de Música con Julián Aguirre, Rafael González, Ricardo Rodríguez y Juan José Castro. Realizó varios viajes a Europa, visitando España, Portugal, Italia, Francia y Suiza. Durante una de sus estadías en París (1926-1927) recibió lecciones de Yves Nat. En 1929 ingresó al Conservatorio Nacional de Música y Arte Escénico, diplomándose en el año 1933. En 1938 ingresó al diario "La Nación" como ayudante de André en la sección

[1] OBRAS DE ROBERTO GARCÍA MORILLO

1932. "Poema", para orquesta.
1932. "Cuentos para los niños traviesos", para piano.
1933. "Berseker", movimiento sinfónico, Op. 1.
1934. "Tres piezas", Op. 2, para piano.
1934. "Conjuros", Op. 3, para piano.
1935. "Dos sonatas", Op. 4, para piano.
1935-7. "Cuarteto", Op. 5, para piano, violín, violoncelo y clarinete.
1937-8. "Concierto para piano y orquesta", Op. 6.
1939. "Las pinturas negras de Goya", Op. 7, para piano, violín, violoncelo, flauta, clarinete y fagot.

música, y en 1944, al fallecer este maestro, tomó su cargo de crítico musical. En la actualidad es profesor del Conservatorio Nacional (Historia de la Música y Solfeo Superior) y del Consejo Nacional de Educación.

Por sus obras obtuvo, en diversas oportunidades, varios premios nacionales y municipales.

Al analizar la obra musical realizada hasta el presente por García Morillo, descubrimos en ella la inquietud del autor por los múltiples problemas y las extraordinarias posibilidades que plantea en la actualidad el arte de los sonidos. Francisco Curt Lange en el Prefacio para el *Latin-American art music for the piano* escribe al respecto: "Puede decirse que las obras de este joven compositor, de mucho talento, reflejan sus preocupaciones inmediatas por discriminar las tendencias contemporáneas y hallar un lenguaje personal de rasgos serios e inconfundibles."

Desde su primera obra, *Berseker*, movimiento sinfónico op. 1 inspirado en una leyenda escandinava, es posible comprobar en García Morillo la preferencia por los tintes sombríos de la orquesta, por las armonías crudas, por los ritmos enérgicos y persistentes. Lo fantástico, lo misterioso, lo alucinante, adquiere en sus obras un significado especial, de carácter expresionista.

En su primera manera hasta el ballet *Harrild* op. 9, o sea lo que podríamos llamar el "período subjetivo", vemos manifestarse la inclinación hacia temas de lejanas mitologías, hacia relatos extraños y angustiosas sugerencias o hacia cuadros de características similares. Esto se observa en obras como *Berseker* op. 1, las *Tres Piezas* para piano op. 2 tituladas "Cortejo Bárbaro", "Poema" y "Danza de los animales al salir del arca de Noé", y *Conjuros* para piano op. 3, inspirados en la mitología hindú, o *Las pinturas negras de Goya* op. 7, *Usher* según Edgar Allan Poe op. 8 y *Harrild* op. 9. Sin embargo, el asunto en García Morillo no es fundamental. A la inversa de lo que sucedió con los románticos o con los

1940-1. "Usher", Op. 8, suite sinfónica sobre un cuento de Edgar Allan Poe.
1941. "Harrild", Op. 9, ballet inspirado en un cuento fantástico de Henry Jacques.
1942. Música para el film "Juvenilia".
1942. "Variaciones 1942", Op. 10, para piano.
1943. "Concierto a 9", Op. 11, para 3 clarinetes y orquesta de cuerdas.
1943-4. "Tres pinturas de Paul Klee", Op. 12, para orquesta.
1944. "Variaciones 1944", Op. 13, para piano.
1944-5. "3ª sonata", Op. 14, para piano.

impresionistas, que se ajustaban a las menores insinuaciones del tema inspirador, García Morillo se basa en un tema extramusical como punto de partida para especulaciones puramente musicales. En las obras de forma de este período: *Dos Sonatas* op. 4, *Cuarteto* op. 5 y *Concierto* para piano y orquesta op. 6, no cambia su procedimiento rítmico-melódico y armónico, lo que apoya la afirmación anterior.

Las principales particularidades de estas primeras obras son las siguientes: frases cortas con células rítmicas acusadas, desarrollos cíclicos a base de la misma idea musical y tendencia sinfónica en todas las obras de piano y de cámara. Desde el punto de vista formal, en las dos sonatas op. 4 reemplaza los tiempos clásicos por una serie de movimientos breves unidos entre sí por relaciones temáticas y tonales. Veamos por ejemplo la disposición de la *1ª Sonata*: Danza, Marcha fúnebre, Scherzo, Danza, Himno, Coda. El mismo procedimiento se observa en el *Cuarteto* op. 5 para piano, violín, violoncelo y clarinete (Preludio, Canción, Danza lenta, Scherzo, Final). En el *Concierto* para piano y orquesta adopta sin embargo el plan habitual en tres tiempos (Tumultuoso, Fúnebre, Rapsódico).

A pesar de la originalidad de sus concepciones es indudable que pueden encontrarse en estas primeras obras de García Morillo algunas influencias, lógicas por otra parte en todo músico joven; entre ellas las de Scriabin, Stravinsky y Bela Bartok, compositores de su predilección.

A partir de las *Variaciones 1942* op. 10, aparece en García Morillo un período de transición a base de obras cortas y de carácter experimental. Como reacción hacia su labor anterior el lenguaje musical se vuelve escueto, lineal. El procedimiento armónico que en sus primeras composiciones era politónico, a base de superposiciones tonales o por agregaciones, se aclara, y las densas agrupaciones sonoras son reemplazadas por acordes formados por cuartas superpuestas y por líneas melódicas separadas por varias octavas. Este procedimiento es el empleado en la *Sonata* para piano op. 14, obra que parece ser el comienzo de una segunda manera del compositor. Con una orientación formal definida, de un carácter objetivo que no excluye lo sentimental, este período, que podría ser llamado "constructivo", aporta una valorización de los instrumentos que no se había manifestado anteriormente. En efecto, ya en las *Variaciones* op. 10 y op. 13 la escritura pianística es más perfecta desde el punto de vista del mecanismo ins-

trumental; lo mismo sucede con las *Tres pinturas de Paul Klee* para orquesta op. 12, estrenadas recientemente, y con el ingenioso *Concierto a 9* op. 11. Realizado en su totalidad a nueve partes reales, este moderno "concerto grosso" adopta una curiosa disposición orquestal: violines primeros y segundos y violas en la región aguda, tres clarines en la región central y violoncelos primeros y segundos y contrabajos en la región grave. Consta de tres tiempos relativamente breves titulados "Preludio", "Coral" y "Variación" con la particularidad de que el tercer tiempo usa, en movimiento rápido, el tema del Coral para realizar las variaciones.

La *Tercera Sonata,* como se dijo anteriormente, marca la culminación de este proceso de depuración de los medios técnicos y expresivos. La existencia de ciertas funciones en la relación armónica (polaridad), la ampliación del desarrollo melódico y la valorización instrumental son sus principales características, que seguramente se desarrollarán en las obras futuras.

Además de las obras enumeradas, García Morillo es autor de un *Poema* para orquesta (1932), de los *Cuentos para los niños traviesos* para piano ("Canción triste y danza alegre" y "Malborough's Return") y de la música para el film *Juvenilia.* Sus obras literarias, aspecto importante de la personalidad de García Morillo, comprenden dos libros sobre Mussorgsky y Rimsky-Korsakoff y también cerca de cien artículos sobre temas musicales publicados en las principales revistas argentinas y americanas, que se ocupan de algunos compositores modernos: entre ellos, Scriabin, Honegger, Bartok, Ravel, Stravinsky, Falla, Bautista, Szymanowsky, etc.

Harrild, estrenado en el Teatro Colón el 17 de agosto del corriente año bajo la dirección de Albert Wolff, es uno de los ballets más interesantes que ha producido la música argentina en los últimos años. A pesar de ser el primer ballet que escribió García Morillo, se vislumbra ya en *Harrild* una fuerte personalidad y una musicalidad depurada. ¡Qué lejos está de la frivolidad folklórica de un *Chasca Ñaui* de Angel Lasala o de la aparatosidad sin relieves de *Apurimac* de Emilio Napolitano. Mencionamos estos ballets porque junto con *Harrild* fueron elegidos por el jurado del Teatro Colón para su representación en el citado teatro. Es lamentable comprobar que el último de los ballets estrenados es precisamente el único que posee méritos intrínsecamente musicales. Casos similares se han presentado ya en distintas ocasiones debido a que los jurados, en vez de elegir

una sola obra de un autor novel para cada temporada, se ven comprometidos a elegir varias obras en el mismo concurso. Este sistema, que no se ajusta al espíritu de la ordenanza respectiva, provoca dos resultados negativos: 1º) la postergación de nuevos valores por la ausencia de concursos anuales, y 2º) la posibilidad de seleccionar obras sin jerarquía artística.

El argumento de *Harrild*, inspirado en un cuento fantástico de Henry Jacques, ha sido adaptado por el propio compositor para las necesidades de la escena. Consta de un prólogo y cuatro cuadros que se desarrollan primero en un país encantado y luego en el mundo real. La acción comienza en el país que el mago Nohrge ha encerrado en una esfera de cristal para escapar a la acción del tiempo. Nohrge ha suspendido los latidos del corazón de su hija Nehss, pues como ésta es hija de una mortal puede destruir el mundo encantado con sus efluvios terrestres. En una fiesta nocturna que se realiza en el palacio de Nohrge aparece Harrild, joven adolescente hijo del geniecillo de las cosas naturales y de una mortal. Harrild participa de la fiesta y baila con Nehss. El mago que advierte la inclinación de su hija por Harrild ordena a las fuerzas que le son adictas que acometan al joven. Pero Harrild les opone con éxito las energías de la naturaleza, los cuatro elementos y los siete colores del prisma. Vencido, el hechicero no puede impedir que los jóvenes, llevados por irresistible impulso, se besen. Estalla la esfera de cristal. Al romperse el sortilegio de Nohrge, todo lo imaginario desaparece y lo natural es proyectado al plano de la realidad. Nohrge se refugia bajo el aspecto de un anciano caballero. Nehss y sus amigas han constituído una compañía de "ballets", representando una obra de Harrild, transformado a su vez en compositor. Al encontrarse en el mundo de los hombres Nehss y Harrild no se han reconocido ni recuerdan nada de su vida anterior. Nohrge, escondido en su habitación, espía las actividades de los jóvenes; teme que se reconozcan, pues el amor entre ellos le sería fatal. Nehss y sus amigas bailan el ballet de Harrild. En cierto momento Nohrge, horrorizado, intuye que la música se va acercando a una frase que traerá a la memoria de los jóvenes su existencia anterior. En efecto, al presentarse ese motivo aparece Harrild en escena y abraza a Nehss quien lo ha reconocido también. La visión se desvanece y Nohrge, que se desploma, cree llegado su último momento. Pero con gran sorpresa nota que no le ocurre nada y se da cuenta de que, sobre la tierra, las leyes mágicas son muy diferentes. Van entrando en escena todos los personajes:

Nehss y Harrild, las bailarinas, las fuerzas naturales y el séquito de Nohrge. Se reconcilian todos, finalizando la obra con una danza general muy animada.

La música que compuso García Morillo participa de la atmósfera de irrealidad en que se desarrolla el cuento. Con sonoridades extrañas, ritmos sincopados y efectos armónicos muy originales, el autor consigue crear una música en la que alternan una incisiva ironía y una contenida emoción. La orquestación, que responde a las necesidades de la música y del argumento, está hábilmente dosificada, alcanzando en ciertos momentos gran colorido y brillo.

La coreografía de Luis Le Bercher confiere al conjunto elegancia y variedad. Los hermosos y sugestivos decorados de Héctor Basaldúa, de estilo surrealista, y los trajes sobre figurines del mismo artista, complementaban el vistoso espectáculo.

María Ruanova, nuestra celebrada "danseuse étoile", y Jorge Tomin en los papeles principales lucieron sus grandes dotes técnicas e interpretativas; fueron secundados por los demás miembros del cuerpo de baile con eficacia.

Albert Wolff, entusiasta animador de la música argentina, puso su talento de director al servicio de esta difícil partitura, realzándola con una brillante interpretación.

Esperemos que las autoridades del Teatro Colón, ante los señalados valores de esta nueva obra, incluyan a *Harrild* en el repertorio del cuerpo de baile.

ALBERTO E. GINASTERA

Problemas Actuales

LA ENERGÍA ATÓMICA Y LA EDUCACIÓN DE LA HUMANIDAD

En el primer discurso que pronunció Churchill como jefe de la oposición, dos frases me dejaron pensativa. Una: que Norteamérica, a consecuencia del hallazgo de la bomba atómica, se encuentra hoy en la cima del mundo; y otra:

que la marcha de la humanidad ha llegado a un momento sublime de la historia del mundo.

Si Norteamérica identifica la noción "cima del mundo" con la noción "momento sublime", puede ser que su hallazgo asegure a los hombres un porvenir clemente. Significa que no confiará la educación de la humanidad a los hombres de ciencia que no son pensadores ni sabios, y que no han aprendido aún de la Física nueva que el pensamiento experimental es el camino del error, de la impotencia y del miedo. En cambio, confiará la educación de la humanidad a los modernos hombres de ciencia cuya evolución aspira a la filosofía, ya que todo conocimiento físico no puede llevar la felicidad a los hombres sino cuando es capaz de aportarles más bondad y amor.

La sola ciencia no puede colmar el eterno anhelo humano de justicia. Es necesario, ante todo, que trabajemos en perfeccionarnos espiritualmente, que desarrollemos lo esencialmente humano que hay en nosotros. Aparte de ello, es verdad, todos los hombres necesitan elevarse hasta la ciencia pura, entrar en los espacios vacíos y en las arremolinadas nebulosas, en ese eterno nacer y ese eterno desaparecer que puede hacer de ellos hombres maduros y humildes, ya que sólo una madurez contemplativa es capaz de embellecer la existencia de cada uno y de todos. De la madurez del espíritu fluye primeramente la alegría, la dicha y la admiración de quien descubre y se enriquece buscando el fondo de las apariencias, y que adquiere después, lógicamente, la verdadera bondad y el verdadero amor de la vida.

¿Servirá la destrucción del núcleo atómico para abrir el corazón de los hombres a lo que son y a lo que deben hacer con sus vidas? Tal ideal es posible si la ciencia llega a ser la humilde servidora de lo impenetrable, si adquiere la fuerza moral de resignarse, si comprende finalmente que su prurito de captar lo incomprensible es un índice de espiritual debilidad. Goethe ha dicho: "La sublime felicidad del hombre que piensa es buscar y ahondar lo que puede explorarse y adorar tranquilamente lo que no pueda explorarse aún." Por desgracia, nuestra época no ha tomado en cuenta sus palabras.

El conocimiento de la danza de los electrones y protones, que obedece a leyes matemáticas, ¿acaso ha conducido alguna vez al hombre a su verdadero deber? No obstante, si reflexionáramos en el sentido y en la falta de sentido de un hecho tan insondable, que se manifiesta en los millones de vías lácteas, ¿no deberíamos

cambiar, convertirnos en hombres diferentes, recrearnos? Tal cosa no será posible mientras el mundo científico no sea más verdadero que el mundo material.

Un físico me dice: "La física moderna ha llegado a la profunda convicción de que aquello que se considera como la base en última instancia del mundo no debe ser necesariamente familiar al pensamiento humano, aunque las operaciones matemáticas se adapten a las experiencias físicas."

El conmovedor descubrimiento de la destrucción del átomo, ¿contribuirá a que se descubra la verdad de este mundo? Indudablemente, no. Pero contribuirá a enriquecer el espíritu humano y la vida humana con bienes considerables. Su trabajo futuro, que al principio será concreto y aislado, posiblemente prepara una revolución económica y social. Porque no es de esencial importancia que el nuevo descubrimiento explique el mundo, pero sí que todo hombre viva su vida en la alegría y en el amor. Para ello es necesario que también puedan explorar los problemas de la ciencia aquellos hombres en quienes el actual mundo económico ha matado el gusto y el valor de conocer. Pueda la destrucción del átomo sacudir los pensamientos de todos los hombres, a fin de que incorporen, a los derechos cuyo respeto exigen, el derecho de saber. Pues el que sabe y comprende es incorruptible.

Que la destrucción del núcleo atómico enseñe claramente a los hombres que sólo puede trazar los límites de nuestro mundo, de nuestra existencia, pero no develar los principios de la naturaleza. Que sólo puede, y nuevamente, iluminar un pequeño ángulo de nuestra vida. El infinito macrocosmos nos muestra un atroz desierto de vacuidad e incandescencia, en tanto que el infinito microcosmos nos parece movido por un furioso perseguirse de fuerzas titánicas. Pero los espacios que se amontonan en la inmensidad, y el sistema atómico que se precipita en abismos insondables, no pertenecen a la realidad de un mundo así constituído sino al carácter del pensamiento humano, que sólo evoluciona de acuerdo con las necesidades de la vida. Sólo el genio humano puede superar este razonamiento utilitario. Sólo el genio humano, depositario del Espíritu, se libera de lo utilitario, porque únicamente puede darse a lo que Es, y lo que Es no tiene nada que hacer con los números, lo finito y lo infinito. La naturaleza, envolviéndolo todo, siendo materia y espíritu a la vez, se manifiesta en el genio humano que no crea nunca de manera individual sino siempre bajo el mandato del Espíritu. Recordemos determinado andante de un concierto de Bach, o de un cuarteto de Beet-

hoven, y reconoceremos que el sentido de la vida es dejarse penetrar por el Espíritu, que nos llena de paz y de amor. Tal es nuestro absoluto, lo absoluto. El universo y todo lo que ocurre en él son relativos; sus leyes, el andamio de que han menester nuestros razonamientos, andamio sobre el cual construímos nuestras ideas sobre el mundo.

Esperemos que la destrucción del núcleo atómico modifique tarde o temprano nuestro sistema económico y nuestro orden social. Y con la intención profunda de conducir la humanidad a la paz, para que pueda la grandeza del yo (del *ego*), con todos sus pensamientos luminosos, realizarse en cada individuo.

ELISABETH EHRLICH

ACLARACIÓN

En una revista aparecida en Buenos Aires, "Latitud", dedica el señor M. B. a mi libro *Razón del mundo* un comentario que me veo en el caso de recoger. Lamentaría dar con ello la sensación de que no puedo soportar una crítica adversa, aunque el tono injurioso de esa la hace, en verdad, intolerable. Y, desde luego, no me hubiera decidido a solicitar para estas líneas la hospitalidad de SUR si no creyera que el caso tiene algo de ejemplar en relación con el debatido tema de la responsabilidad de los intelectuales.

Don M. B. ha interpretado mi libro como "la voz del acatamiento, disfrazado de purismo y neutralidad". Cualquiera que lo haya leído reconocerá, sin embargo, la falacia de esa interpretación, pues su significado es directamente el opuesto. Falso resulta asimismo el dilema en cuyos términos, a falta de mejor encierro, pretende encerrarme don M. B. (lógico infeliz) con intención denigratoria; falso, digo, porque es muy posible, en efecto, ser a la vez deshonesto y tonto, como el propio articulejo viene a demostrar con el ejemplo de su autor: deshonestidad es el aliñar como lo hace mis tesis en una ensaladilla de frases literales, entrecomilladas para prestar leguleyo disfraz de autenticidad a un sentido contrahecho; tontería, ofrecer las iniciales de su nombre a la evidencia que algunos otros resentidos han sabido rehuir, refugiados en la murmuración, por no delatarse de rastacueros.

Y luego, todo ese amasijo de disparates: la grotesca imputación de nazismo hecha a la filosofía alemana y, de rechazo, a quienes la difunden —aún tratándose de hombres que por respeto de sí mismos y de las causas justas por las que luchan se nieguen a amonedar tales experiencias para la fácil cotización de los partidos—; la transitada necedad de que "el deber *supremo* del intelectual *como tal*" sea "poner su inteligencia al servicio de causas justas" —como si ese no fuera más bien el deber común de todo ciudadano—; y, en fin, las restantes inepcias, concentradas e impávidas, que, entre hilos de bilis, contiene el comentario, demuestran, creo, que mi libro ha cumplido su función social punzando enconos todavía un año después de su publicación, y soliviantando bien avenidos confusionismos.

FRANCISCO AYALA

ÍNDICE

Pág.

Las cartas de T. E. Lawrence, por *Victoria Ocampo* 7
Nuevos sonetos vegetales, por *Eduardo González Lanuza* 31
Visita al poeta Robert Frost, por *Octavio Paz* 33
Maestría antigua en la prosa, por *Amado Alonso* 40
"Mit brennender Sorge". La Contra Inquisición, por *Máximo José Kahn* 44
El valle azul; Las hogueras, por *César Rosales* 62

N O T A S

Libros: Adolfo Bioy Casares: "Plan de evasión", por *Ernesto Sábato* 67
"Églogas y fábulas castellanas", por *César Fernández Moreno* 69
Bernard Shaw: "Everybody's Political What's What?", por *Enrique Anderson Imbert* 71
Víctor Brochard: "Los escépticos griegos", por *Santiago Montserrat* 74
Jorge Romero Brest: "Historia de las Artes Plásticas", por *Lorenzo Varela* 77
Música: Roberto García Morillo y el estreno de "Harrild", por *Alberto E. Ginastera* 79
Problemas actuales: La energía atómica y la educación de la humanidad, por *Elisabeth Ehrlich* 84
Aclaración, por *Francisco Ayala* 87

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia.

Los originales deben ser enviados a la Dirección: San Martín 689.
Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 187855.
Título de marca Nº 159.486.

ESTE CIENTO TREINTA Y TRES NÚMERO DE
"SUR" ACABÓSE DE IMPRIMIR EL DÍA
TRES DE NOVIEMBRE DE MIL NOVE-
CIENTOS CUARENTA Y CINCO EN
LA IMPRENTA LÓPEZ,
PERÚ 666, BUENOS AIRES,
REP. ARGENTINA.